

# EL MUNDO.

Año VI - Tomo I

México, Domingo 25 de Junio de 1899.

Número 26

## BELLAS ARTES.



BELLEZA HÚNGARA.

CUADRO DE GABRIEL MARX.



Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMANA

Crónica: pon un crespón de luto, como una banda fúnebre, en tu chafado traje de arlequín. Es preciso que dejes un poco la sonrisa truhanesca y el guiño picaresco, que suspendas tus contorsiones y tus saltos; que cese tu charla de Triboulet y tu mímica de saltimbanco; ¡oh, nada más un momento, el rápido minuto que necesita el dolor para quejarse, para gritar un ¡ay! muy fuerte, muy hondo, muy desesperado, como si con él quisiese el corazón romper el cielo. Después continuará tu farsa interrumpida, tus juegos malabares, tus equilibrios retóricos, tus pirocécnicas poéticas, tus efímeros bailes de fantasía.

Crónica: suelta el hilo de cascabeles, arroja los prismas de cristal de tu estilo, apaga la linterna mágica de tus divagaciones, desenjójate de la falsa pedería de tus tropos, arráncate la máscara cómica de la sutileza, enseriate, baja los ojos, cruza los brazos, y si tienes un arranque de piedad arroja y ora: ¡acaba de morir un poeta joven, bueno y amado!

En la miel virgen de sus versos se embriagó una generación de mariposas. Fué de esos seres casi intangibles, casi incorpóreos, de esos que, aun mirándolos, no estamos seguros de que existan, de esos que pasan sin hacer otra cosa que plantar en cada alma que se les acerca el grano de luz de un sueño. Pepe Bustillos era un muchacho inofensivo, angelicalmente bondadoso, dulce como una mujer, inocente como un recién nacido. Tenía una pereza de enfermo para todas las cosas de la vida; una voluntad suave, dúctil, floja, dispuesta á ceder la presión de cualquier mano. Por eso, cuando vino el Dolor le maltrató tanto y lo hizo llorar tan á menudo; por eso cuando vino la Poesía le arrancó sonidos tan hermosos y tan puros; por eso cuando vino la Tentación, bebió él en su copa el licor amargo de los placeres fugitivos.

Su espíritu contemplativo, sin embargo, no perdió de vista el ideal, y por los fangosos vericuetos de la realidad, supo—por quién sabe qué divina artimaña—guardar su amor al Bien y su culto á la Belleza.

No servía para luchar; para bracear en este río turbio en el que forcejamos sus amigos. El nos veía impasible, indiferente, estoico, convencido tal vez de la inutilidad de nuestro esfuerzo. Tendido en la hierba de la orilla, lleno de un prematuro cansancio, nos lanzaba sus epigramas, nos entretenía, nos obligaba á reír en medio del combate. Porque bajo las oradas transparencias de su sátira, columbrábamos su encantadora ternura femenina.

Cuando la vida le hacía daño, no se encolerizaba, no reñía con ella, no la odiaba; se la quedaba mirando con sus ojos bondadosos, como tímido huérfano que quiere desagraviar á la madrastra.

Algunas veces lo sorprendió la noche del mal en pleno campo, y la sombra le borró el horizonte y la lluvia le azotó el rostro. El poeta, pávido y desfallecido, tuvo para esos casos esta oración suprema: ¡Mamá, mamá! Y á tal misteriosa evocación, halló siempre viva la lumbre de su hogar y siempre abiertos los brazos de su madre.

Sus estrofas, como su existencia, son infinitamente tiernas, sencillas y sinceras. Nada de rebuscamientos, de elegancias, de versos platerescos y pomposos, de raras y sugestivas alusiones, de verbos que espumean como las ondas y de epítetos irisados como los colibríes: un lenguaje limpio, transparente, claro y blanco como el agua de un estanque en reposo, y bajo él, la palpación de ala herida de una alma delicada y vibrante al menor contacto de las pasiones.

Del ideal y exquisito sensualismo de este poeta amable, nos quedan deliciosas muestras, esparcidas á los cuatro vientos, en las hojas volantes de la prensa. Bustillos escribía con la espontánea naturalidad con que brota una planta de la tierra.

En cualquier ocasión pudo decir como el cubano:

Yo podré cuando á mi anhelo  
dulce inspiración socorra,  
hacer un verso que corra  
manso como un arroyuelo.

La existencia de este insinuante músico del ensueño, fué callada, escondida, sin aparato, sin ruido. Habitó el poeta una grata penumbra con salpicaduras de estrellas, olvidado del estrépito y desdeñoso de teatrales y ficticias apoteosis. Dentro de su pobreza, aspiraba, como una flor oculta, la inmensa dicha de sentirse amado. No podemos decir de él que vivió entre nosotros. Vivió más bien entre sus sueños y entre sus esperanzas. Cuando los sueños se extinguieron y las esperanzas tardaron en llegar, reclinó el soñador la hermosa cabeza en el seno de mármol de la Muerte, y le dijo:

—Tú sí que eres buena! llévame á ver á los ausentes....

\* \*

Crónica, un instante más; aguarda, para despojarte de tus desusados arreos fúnebres, á que salgan de los puntos de mi pluma dos nombres de mujer.

¿Qué, nada te importa que Rosa Palacios y Josefina Lluch hayan desaparecido silenciosamente, como escapadas, en la alta noche, de la tenebrosa prisión de la vida? En efecto; morir así, cuando la existencia se convierte en un calabozo sombrío que alumbrá por momentos el pálido sol de una remembranza, recordar, cuando todos nos han olvidado, existir sólo para nosotros cuando hemos muerto para los demás, acabar así, es huir, es fugarse, es esperar que las tinieblas nos ayuden, que venza el sueño al carcelero, que la cansada centinela no pueda vernos para dar el alerta; entonces abrimos el cerrojo lentamente, y, á tientas, conteniendo el aliento, deslizándose con cautela los piés, palpando los muros, siguiendo, entre la sombra, nuestro proyecto de evasión, calculando obstáculos y tropiezos, salimos de la cárcel donde tanto nos hicieron sufrir los trabajos forzados del dolor, y nos vamos por el rumbo desconocido en busca de libertad y de consuelo. La mañana en que una gaceti-lla anunció la muerte de Josefina Lluch, le oí preguntar á un célebre concurrente de las tandas: ¿Pues qué, Josefina vivía aún?

Si que vivía, viejo aplaudidor de típles, insigne Don Juan de bastidores, vivía la graciosa belleza que tu admiraste y que fué por tanto tiempo la urna sagrada de tus galanterías; vivía aquella española de cabeza intrépida y sensual, y ojos estriados de fuego, que hizo tus delicias en las picarescas coplas de *Niniche* y en las travesuras de alondra, de *Historias y Cuentos*, vivía la moza, pródiga de voluptuosidad y donaire para quien fué el tablado pedestal de su hermosura, y los bastidores y telones, palacio de su gloria. Vivía; pero ya para tí y para tus compañeros de butaca, su nombre era un epitafio. El olvido sorbió poco á poco su recuerdo. Fué una superviviente de la juventud y de la alegría, y arrastró esos largos años en que, como dice el poeta, un día sucede penosamente á otro día, acumulando innumerables dolores.

\* \*

Rosa Palacios tenía un ruiseñor en la garganta, un ruiseñor que aprendió en Italia todos los secretos del *bel canto*, y que, á semejanza de las princesitas del cuento de Theo, era digno de ser acompañado en sus trinos por el divino clave de Santa Cecilia. Esta vida comenzó de una manera triunfal. Rosa fué intérprete del arte excelso. Después.... descendió de la escalinata de alabastro, y en el último peldaño se puso á cantar aires de zarzuela. El ruiseñor como era natural, se enfermó de tristeza y empezó á trin-ear de mala gana. En seguida, y para volver más negra la fatalidad, la dueña del ave paradisiaca, no pudo oírla más: se hizo el silencio á su alrededor.

Y el pájaro celestial, ya mudo, murió de soledad y de frío.

Rosa Palacios murió mucho más tarde, expatriada y nostálgica del sublime reino de los sonidos.

\* \*

¡Oh, debes de estar fastidiada. ¡No es posible que estés seria por tanto tiempo. Arráncate los crespones de luto, recoje tus cascabeles, suena tus timbales, baila, palmo-tea.... ¿Qué te fatigaste de finjir el dolor? Pues bien: descansa.

Y luego, cuando quieras, hablaremos de las frivolidades del día? No te parece que la locura aérea de Cantoya es buen asunto?.....



### LA MEJOR AMANTE

Y LA

### MEJOR ESPOSA.

Si hubiere alguien que necesitado de ropa la encargara á un zapatero: que diera su reloj á componer al sastre; que deseando pasear en buena y alegre compañía invitara á un enterrador, que organizara tamaladas en los cementerios y pasara los días de duelo en las tandas, ese tal sería reputado insensato, loco de atar y no tardaría en dar con su humanidad en S. Hipólito.

La misma suerte correría quien pretendiera escribir con un escobillón, barrer con su limpia dientes ó peinarse con una espumadera; y sin embargo, todos los días y á cada paso vemos á los hombres incurrir en un error más craso, cometer un desatino más transcendental, caer en un absurdo más palmario sin protestar contra él, sin formular cargos y hasta con gran aplauso de propios y extraños.

Y ese desatino no es una divagación, una distracción, sino un acto deliberado y consciente y casi un principio de moral y de conducta. Hay quien absorto y preocupado sale á la calle con un botín y una pantufla; quien, como Newton, pone el reloj en el agua hirviendo y se guarda el huevo en la bolsa; quien como

Edison el día de su boda, entra en su laboratorio, se alstra y olvida novia, padrinos, é invitados hasta que vienen á despertarlo y á volverlo á la realidad y al cariño de la contrayente. Estos errores son disculpables y comprensibles, quien primero los reconoce es el que en ellos incurrió, y nadie aspira y pretende que sean dignos de imitarse, ni que constituyan sabias reglas de conducta y hábiles preceptos de acción.

Pero hay, ya lo dejábamos sospechar, un disparate del mismo orden, una incongruencia mayúscula en que la generalidad incurre á ciencia cierta, con conocimiento de causa y que no sólo no calificamos como merece, sino que solemos aconsejarla y recomendarla como regla de sabiduría y hasta de alta moralidad.

Es el que consiste en buscar en la que ha de ser nuestra esposa las cualidades y condiciones de una amante, siendo así que la amante y la esposa están separadas por un abismo, y que no sólo media diferencia, sino hasta contradicción entre las cualidades de la una y de la otra.

Amar es, ó una enfermedad ó una diversión; casarse es una función seria y transcendental llena de responsabilidades. A estas diferencias radicales en los hechos, deben corresponder diferencias no menos profundas en los agentes. Veamos cómo debe ser una amante.

El erótico enfermizo que necesita, busca y acaba por encontrar una amante, ó pertenece al género lánguido, tierno y llorón, ó al género impetuoso, pasional é impulsivo. En el primer caso, su amante debe ser delgada como el junco, pálida como el lirio; anémica y nerviosa, suspirona y gemebunda, sometida á la servidumbre de las jaquecas y de los vapores, es fuerza que sufra, que padezca, que en lo físico como en lo moral se revele ese torcedor implacable, esa sed inextinguible de ideal que hace las delicias de los Werther de pacotilla, de los Rafael de vecindario, de los románticos meritorios de oficina. Una mujer así, ni puede ni debe trabajar; á muchos piés de altitud sobre el nivel de la vida ordinaria, debe ser inapetente é ignorante de la cocina; debe vestir blanco y flotante; pero jamás empuñar la aguja; debe leer mucho y malo: versos, idilios, lieds, sabrá recitar melopeas, pero no llevar el gasto, y debe morir antes de ser madre ó en los momentos de serlo.

El amante del género impetuoso, necesita una amada alta, vigorosa, trágica, siempre encendida en ira, siempre rabiosa de celos, siempre empuñando el puñal vengador. Para verla, hay que escalar un balcón ó una tapia, que afrontar las iras de un padre, de un hermano, de un rival; ese género de amores obliga á tener, como los gambusinos californianos, el revolver entre los dientes. Si una amante de este género se hace paciente y dulce, si deja de ser exigente é imperiosa, resulta sosa, insubstancial y deja de inspirar amor. Tiene que ser coqueta para mantener el fuego sagrado de la desavenencia, y á la vez ha de ser celosa, gastadora, caprichosa y extravagante para sostener el estímulo que la hace deseable.

Entre estos dos grandes tipos, aunque con más afinidades con el segundo, se coloca la niña frívola, juguetera, ligera de cascos, versátil, todo el día mascullando pastillas y devorando fortunas; vestida con sombreros monstruosos, con faldas chillantes, con corpiños ceñidos, dotada de impertinente y pródiga de impertinencias, amable y afectuosa con todos, menos con su amante, regañona y con cóleras de gatita *enjogada* que saca las uñas y enseña los colmillos: la verdadera y perfecta amante del viejo rico.

¿Cuál de estas mujeres puede ser una esposa? ¿con cuál de ellas se puede fundar un hogar, procrear y educar una familia, consultar y resolver los grandes problemas de la vida? ¿Qué colaboración esperar de ninguna de ellas para la edificación de una fortuna, para la conquista de un nombre y de una posición, para dotar de principios y abrir carrera á los hijos, para encontrar consuelo y consejo en las dificultades de la vida? ¿Cuál de ellas será el freno de nuestros arrebatos, el valladar de nuestros ímpetus, el mentor sereno de nuestra conducta? Ninguna. Con el primer tipo el matrimonio conduce al hastío, con el segundo á la separación y al divorcio, pasando por la *riña y golpes*, con la tercera al ridículo y á la ruina.

Y sin embargo son estos los tipos predilectos y preferidos. La mayoría de los hombres ama y escoje para esposa ya á la romántica evaporada que lo seduce con sus languideces de criolla; ya á la mujer pasional y ardiente que parece ofrecerle los goces más intensos y brindarle pasión volcánica, ya á la muñeca frívola, insustancial, chuchería de *boudoir* que atrae y subyuga como el juguete al niño ó como el espejo á la alondra. Y entre tanto se quedan para vestir santos mujeres de alto mérito llamadas é hacer feliz á su marido, á fundar hogares tranquilos y á educar familias intachables.

La esposa no debe ser soñadora porque está llamada á un género de vida real, práctico, positivo y prosaico. Mal se compadecen la anemia con el trabajo doméstico y el cuidado de la casa; los ideales caballerescos con las pantuflas y la gorra griega del marido y con la terapéutica de la primera infancia, y los ataques de nervios con una seria educación de los hijos. No debe ser pasional, arrebatada y tempestuosa porque el hogar no es un escenario trágico, sino un retiro sereno, ni la vida doméstica un torrente



impetuoso, sino un remanso tranquilo. La esposa no debe ser frívola porque su misión es seria, ni despilfarrada porque está á la guarda del patrimonio de sus hijos, ni coqueta porque es depositaria de virtudes que debe poseer para poder transmitir.

La esposa debe ser sana y vigorosa para hacer á sus hijos ese primero é inestimable regalo; debe ser estupendamente limpia para no hacerse nunca repugnante. Su espíritu debe ser ilustrado para poder colaborar con su esposo y saber aconsejarlo; tiene derecho á ser artista, pero no modernista; literata, pero no decadentista. Debe ser amorosa, pero no exaltada; tierna, pero no gemebunda ni suspirona; alegre sin frivolidad y sociable sin coquetería. Y sobre todo, necesita mucha energía para luchar, mucha diplomacia para conseguir, mucha constancia para triunfar y mucha resignación para sufrir.

—El ave fénix.—exclamará el lector—¿Dónde hay de esas mujeres? ¿Quién ha tenido la dicha de encontrarlas? Contestación: En todas partes, por donde quiera; sólo que para que abunden y sea más y más fácil hallarlas al paso, es indispensable que los hombres no busquen y preferan á otras; operando así, esas otras, hoy preferidas, no tardarán en esforzarse por ser lo que una esposa debe.

No hay que olvidar que las preferencias del hombre determinan el carácter de la mujer y que es el hombre quien la ha hecho frívola, romántica, pasional, ignorante y débil.

## EL GENERO CHICO EN LA ANTIGÜEDAD GRIEGA

### I

El saber característico de las pocas migajas que aún nos restan por consumir de este pastel llamado siglo XIX, es el desprecio profundo por todo lo pasado, ni siquiera por el pasado de hace cincuenta ó cien años, sino el pasado de ayer, de hace doce horas, el pasado que todavía no pasa, sino que está presente ante las miradas despectivas de los olímpicos árbitros del buen gusto, de la elegancia, del talento y del mérito. Sea cual fuere el asunto de que se trate, basta con que se haga el elogio de algo, por grande y elevado que sea, por decisiva que haya sido su influencia sobre los destinos de la humanidad, para que nunca falte algún necio que diga plegando el labio superior con gesto de desdén:—Ya eso es viejo.

Lo que hay de censurable en ese desprecio, no es precisamente la preferencia que se da á lo nuevo por haber mejorado lo antiguo, mejoría discutible en muchos casos, y especialmente en el campo de la literatura y del arte; lo que disgusta del fallo condenatorio es la injusticia que se comete al olvidar que el pasado es la base de todo mejoramiento, y que sin aquel, éste no habría sido posible, porque primero es ser, que ser de tal ó cual manera. En medio del concierto de aplausos que todo progreso arranca á la vulgaridad, siempre se hace oír la voz del buen sentido que repite con Iriarte en su inmortal fábula de los Huevos: «¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»

Para los adoradores de la novedad y despreciadores sistemáticos de lo viejo, fué para quienes se dijo aquello de *nihil novum sub sole*; y es inefable el placer que yo experimento siempre que en mis lecturas encuentro la confirmación de esa frase, y veo desmentido con hechos que el don de la inventiva y de la originalidad, no es patrimonio exclusivo de la época presente.

Sí; nada hay nuevo debajo del sol, nada, ni siquiera ese género realista que en el teatro aparece hoy, entre los franceses, con el nombre de *género vida parisiense*, y entre los hispanos con el de *género chico* esto es, la representación teatral en pequeñas piezas sin trama y casi sin argumento de las escenas de la vida real y prosaica de determinadas clases sociales.

Los franceses y los francófilos hispano-americanos, quienes sin conocer la literatura patria, y tal vez ni la gramática castellana, no conciben que pueda tributarse culto digno á las Musas sino en la lengua de Fenelón desfigurada por Verlaine, los Mallarmé y demás simbolistas,—tres franceses digo, se arrojan desde luego la invención del género teatral mencionado. Crean que, con citar á Henri Monnier y sus *escenas populares*, á Chavette con sus *Pequeñas comedias de vicios*, y sus *Pequeños dramas de la virtud*, y á Droz, el autor favorito de todos los estudiantillos de primer año de la preparatoria, pueden asegurar que son los inventores del género entre todos los pueblos de la tierra, el español inclusive, á pesar de que sin necesidad de remontarse hasta Moreto, puede demostrarse fácilmente que los sainetes de D. Ramón de la Cruz, lo más acabado que en el repetido género se ha escrito, se representaron un siglo antes de que las escenas de la *Vida parisiense* se hubieran compuesto y los autores de ellas hubieran nacido.

Algo se había dicho, hablando de lo mucho que de la literatura antigua se ha perdido, de ciertos famosos *Mimos*, acerca de los cuales, los sabios anticuarios se deshacían en conjeturas. Se sabía, ó mejor dicho, se suponía, que esos *Mimos* no eran simples pantomimas mudas como las que vemos ejecutar á los clowns del Circo, sino escenas habladas y por supuesto escritas precisamente, en las que se representaban costumbres y caracteres de la vida real. Se decía que el creador del género fué cierto Sofrón, que vivía en tiempos de Eurípides, y se citaba también, á un tal Herondas, cuyos escritos habían sido traducidos al latín, y deleitaban, según Plinio el joven, al público romano.

Cosa singular: una de las raras ocasiones en que las sabias conjeturas de los sabios acerca de la antigüedad se han visto conformadas de la manera más completa, ha sido la referente á los *Mimos*. En efecto; eran, no pantomimas, sino escenas reales de la vida escrita para los teatros, y en prueba de ello, y para que los modernos no nos envanezcamos de haber inventado el *género chico*, un papiro salido de las pirámides,—no de Teotihuacán, tranquilícese D. Leopoldo Batres, sino de Egipto,—ha venido últimamente á ofrecernos siete *Mimos* completos, en los cuales hay versos citados por gramáticos griegos y atribuidos por éstos á Herondas, que son la plena confirmación de que el teatro antiguo no se reducía á comedias y tragedias solamente, sino que la vida real presentada en escenas sencillas y con el lenguaje vulgar, ó sea el *género vida parisiense*, ó *género chico* español, hacía furor en tiempo de los Ptolomeos. ¡Adiós, pues, disputas entre galos é hispanos acerca de la prioridad de la invención!

A grandes rasgos daré una idea de estos *Mimos*, valiéndome, por supuesto, de las traducciones inglesas y francesas que de ellas se han hecho.

Pudiera traducirse al español el título del *Mimo I* por la *Celestina* ó la *Corredora*, aunque nuestro idioma tenga la frase propia para dar idea de la protagonista del texto griego, parece demasiado enérgica para un periódico que puede ser visto por ojos puros é inocentes.

### II

Celestina, ó sea *Gulis*, fracasa en sus torpes ataques contra la virtud de la joven Metriké recién casada con Mandris. Mandris está ausente desde hace diez meses y la vieja Gutis penetra al hogar con el pretexto de vender á la abandonada esposa, telas, perfumes y afeites de tocador.

En el momento en que la esclava de Metriké sale de la pieza, se entabla el diálogo siguiente, que basta para que se me dispense de referir toda la escena en su realismo *Zolista*, con perdón del autor de Nana, sea dicho.

G.—¿Nadie nos oye?

M.—Estamos solas.

G.—¡Ah! pobre mujercita de Mandris, sólo aquí y consumiendo en viudedad prematura é innecesaria tus gracias, mientras tu marido bebe en otra fuente; rodeado de mujeres que encantan la vista como si fueran las diosas que se disputaran ante París el premio de la belleza.....

M.—¿Pero á qué viene ésto?

G.—Si conocieras á un protector mío, hermoso como Hércules, adolescente, rico, honrado, incapaz de hacer mal á una mosca.... y cómo suspira por Metriké!

El *Mimo II* más crudo aún que el anterior, pone en escena el gran Battaros, quien ejerce la misma profesión que la vieja *Gulis* y que es al mismo tiempo un orador, elocuente para ponderar sus mercaderías. Espero que se me perdonará que no diga más.

Pero ahora entraremos en un medio más decente. Es la escuela de Lampriscos á la cual acude la anciana Metrotimé para acusar á su hijo Kottalos que es un perdis de cuenta, enemigo acérrimo del trabajo y del estudio, nunca sabe en donde se encuentran sus tablas, ó sean los libros; pero en cambio los huesos para jugar, cuidadosamente limpios, jamás lo abandonan. Nunca falta en su bolsillo alguna moneda extraída fraudulentamente del area paterna, á fin de ir con ella al garito en donde se reúnen los esclavos fugitivos. A su edad, no sabe distinguir el *alfa* de la *beta*, y se pasa la vida, cuando no está jugando, encaramado como un mono sobre el tejado. La bilis que yo almaceno al ver á este infame me va á matar.

El maestro Lampriscos, severo, pero justo, comprende que sólo una azotaina ejemplar puede apartar á Kottalos del camino de la horca. Pero el maestro, tipo siempre el mismo, no se contenta con castigar. También es sarcástico. Comienza por cumplimentar irónicamente á su discípulo.—Te felicito por las proezas, Kottalos, así comienzan los grandes hombres. Pero yo tengo un remedio, un unguento admirable para calmar esos ímpetus heroicos que aunque á tí te llenan de gloria, enferman á tu pobre madre. ¿En dónde está mi correa gorda? ¡A ver! ¿Quién lo carga?

Kottalos se suelta ahullando.—Basta, Lampriscos, no volveré á hacerlo.—Por fin, sueltan al muchacho quien echa á correr enseñando la lengua á la madre y gritándole: «¡Vieja bruja!»

Los otros cuatro *Mimos* todos ellos de escenas altamente realistas serían largos de referir. El cuarto representa á dos mujeres, ama y criada, admirando las estaturas y las pinturas del templo de Asklepios (Esculapio.) Sus observaciones estéticas recuerdan las de los convidados á la boda del *Assomoir* en las galerías del Louvre. El quinto pone á la vista un gineceo, en donde las mujeres se disputan el amor de un esclavo.

Los dos últimos, que son de un verdadero sainete en dos cuadros, figuran á dos mujeres elegantes ocupándose en cuestiones de modas y adulando al zapatero Kerdon que es quien lleva el cetro del buen gusto en materia de calzados.

La verdad es que no se necesitaba de una manera absoluta el hallazgo de los *Mimos* de Herondas para saber que el *género chico* era conocido en la antigüedad. Hay en Teócrito idilios que son verdaderos *Mimos*; el intitulado las *Siracusanas*, por ejemplo, y Aristófanes se entrega en todas sus comedias á un naturalismo, al representar gentes del pueblo, y de la clase media, que no se atreverán jamás á imitar siquiera los autores modernos. *Nihil novum sub sole*. ¿Qué digo? ¿qué el *género chico* no es nuevo? Pues no lo es tampoco lo que creíamos propiedad exclusiva de este fin de siglo, la opereta de estilo Offembach: los *Dioses del Olimpo*, la *Bella Elena*, *El joven Telémaco*, tenían ya precedentes en el teatro griego. En las *Agonísticas*, de Apolonio, vemos á *Hera* (Juno) mujer honrada que no quiere comprometerse yendo sola á visitas á *Cipris* (Venus) á causa de su conducta dudosa, suplicar á *Athené* (Minerva) literata gazmoña, que la acompañe.

Se trata de que Venus haga que su hijo Eros (Cupido) inspire á Medea una pasión profunda por Jasón. Venus recibe á las dos diosas con amabilidad desdeñosa.—«¡Qué maravilla el veros por aquí! Las dos juntas venir á verme! ¿Qué se os ofrece? Minerva, altiva, no despega los labios; y Juno, en medio de sonrisas forzadas y de palabras lisonjeras expone su petición. «¡Es tan malcriado mi hijo!» dice Venus; pero, en fin, basta con que tan grandes diosas vengán á pedirme un favor á mí, pobre mujer calumniada y abandonada, para que haga un esfuerzo.»

Venus encuentra á su hijo jugando con Ganimedes y haciendo trampas, Ganimedes llora, Cupido ríe. La madre propone el asunto á su hijo, el cual, sólo mediante un regalo considerable consiente en disparar una de sus flechas á la princesa de Coleos.

¡Y pensar que esta burla de los personajes respetables la hacían los griegos en la época del paganismo!

No sólo el *género chico* y el estilo Offembach carecen de originalidad, sino que también la irreverencia religiosa es tres mil años más vieja que lo que la creíamos, al atribuir su paternidad al siglo XIX.

CLEOPATRA.

## Fragmentos de un libro de viaje.

### Los filtros y el hospital militar de Varsovia.

¿Qué será esos decantados filtros, en los cuales hemos caminado tanto sin llegar á tocarlos ni siquiera á verlos? dirán con razón los lectores que se hayan ocupado en leer el artículo anterior. Voy á decirlo, lo haré sin términos técnicos, pesados de por sí, y que sólo á los especialistas interesan. ¿A qué hablar de hectólitros de agua, de metros de altura, de longitud y de profundidad, de toneladas de arena, todo precisado numéricamente, con algunos millonésimos de aproximación, á que tan afectos son los ingenieros como desafecto el común de los lectores? tales detalles no traducen la impresión fiel del objeto al que no lo ha visto, ni hacen variar la abrumadora impresión de grandeza que ese objeto causa en quien lo contempla.

Imaginense mis lectores una colosal y empinada torre, en cuyo punto culminante hay un enorme depósito, adonde va á parar el agua destinada á la purificación; esta agua, impura é infestada de gérmenes, pues es la misma agua del Vístula, encumbrada hasta allí sobre los hercúleos hombros de potentes bombas de vapor, descendiendo bajo la presión de varias atmósferas, y por cañerías convenientemente dispuestas va á dar á cada uno de los filtros. Estos consisten en muy grandes y muy profundas excavaciones practicadas en el suelo, de paredes bien cimentadas, y llenos como hasta la mitad de arena muy fina y muy limpia; el agua llega por la parte inferior de las capas de arena, las atraviesa de abajo á arriba, depositando en las partículas de arena los gérmenes que le ensucian y formando encima un vasto depósito, protegido por una techumbre conveniente, para que las impurezas atmosféricas no destruyan la obra de la purificación; dichos filtros son muy numerosos, y como pasado cierto tiempo, la arena impregnada de malsanos gérmenes no desempeñaría ya su oficio purificador, existen filtros de repuesto, destinados á funcionar cuando otros se han inutilizado por un largo funcionamiento.



Tal es esta notable obra de saneamiento de las aguas del Vístula, descrita en pocas líneas, pero visitada en dos horas largas bajo los inclementes rayos de un sol abrasador, y, guiados por la voluntad inflexible de aquel médico de hierro, que, insensible á la fatiga y sin conceder un instante de reposo, nos conducía de una escavación á otra.

No todos íbamos contentos, el médico francés estaba visiblemente contrariado; se proponía partir esa misma tarde para Moscow, mas para ello necesitaba su carta de congresista, y el portuado ruso había jurado sin duda por San Nicolás no soltar la prenda hasta no hacerle ver uno por uno todos los filtros, hasta no hacerle probar el agua que contenían y hasta no hacerle oír de los labios de un italiano especie de sobrestante de las obras, todas las explicaciones relativas á la solidez de la construcción y á su costo é importancia.

El galo, con la cachaza propia de los franceses, tomó al principio aquello por la buena, echándolo á broma, creyendo que después de una hora de paseo por los filtros, se vería en poder de la apetecida carta y podría marchar á Moscow, como lo tenía pensado. Pero no sabía hasta donde llega la tenacidad de un ruso, y en vano apretaba los puños, lanzaba sobre el ruso miradas preñadas de ira, y mascullaba juramentos, cuyas vibrantes erres, efes y ches se hacían oír. Pero el ruso, tieso que tieso, calmaba aquellos ímpetus con un ademán irresistible, por lo enérgico, y el buen francés no tuvo más remedio que resignarse, y para mayor burla, después de hacerle ver cuanto encerraban los filtros, lo llevó á remolque al Hospital Militar.



ILMO. SR. D. FRAY BUENAVENTURA PORTILLO,  
OBISPO DE ZACATECAS.  
† el 2) del actual.

Sin embargo, momentos hubo en que era tanta la contrariedad del francés, que ya nos temíamos un lance desagradable, y que la soñada alianza entre Francia y Rusia, hubiera camenzado por una riña á puñetazos, entre dos sabios de ambas nacionalidades; riña cuyos resultados no era fácil prever, pues si el ruso era un hombre de acero, ardía en los ojos del francés, vigoroso también, la llama de aquella furia francesa, de que tantas pruebas han tenido los italianos.

Guiados siempre por el Dr. Alexandrof volvimos á las droikas, y nos detuvimos en el Hospital Militar, adonde el francés muy de mala gana tuvo que seguirnos. Visitamos todos los departamentos del vasto, aseado y bien ventilado establecimiento, recorrimos sus muchas salas, nos acercamos á varios enfermos que habían sufrido notables operaciones ó que adolecían de interesantes padecimientos.

Al llegar á la botica del establecimiento pasó un episodio curioso, la puerta estaba cerrada, el médico ruso llamó tres veces con fiero ademán; la puerta no fué abierta, penetramos al departamento por otro lado, y, fué de ver el tremendo regaño que el médico dirigió al empleado, que no estaba en su puesto. La reprimenda fué en ruso, pero los coléricos ademanes del superior y la humildad casi servil del inferior, nos hicieron comprender lo violento de la escena. Sin duda, á no estorbarlo nuestra presencia, el infeliz dependiente sale abofeteado por su irritado señor.

Para verlo todo, vimos también la cocina; las enormes cacerolas, las grandes ollas, las muchas hornillas; todo nos fué enseñando, todo nos fué explicando, y pormenorizado por aquel cicerone despótico y subyugador, bajo cuyo imperio nos encontrábamos, y á cuya irresistible avidez de enseñar no había más remedio que ceder.

No se contentó con hacernos ver, con hacernos tocar, con hacernos oler; quiso también hacernos gustar los manjares destinados á los enfermos, y era de ver el apresuramiento y el ademán de mando con que



PALACIO DE WINDSOR.—LA SERENATA EN HONOR DE LA  
REINA VICTORIA.

presentaba el cucharón á cada uno de nosotros, haciéndonos probar el sustancioso caldo, que acíbar le da de haber parecido el francés.

Terminó la visita al ponerse el sol, el francés quedó libre, pero perdió el tren. Nosotros, después de despedirnos de aquel hombre tan notable por su ciencia como por su actividad, energía y tesón, y ya provistos de nuestras respectivas cartas, nos encaminamos á la Estación á informarnos de la hora de salida del tren que al día siguiente partía para Moscow. En el camino pudimos admirar el largo y soberbio puente de acero que cruza el Vístula, y la pureza de líneas de la bien modelada estatua de Sigismundo III, que se yergue altiva sobre elegante columna metálica. Al día siguiente á las 7 de la mañana debíamos partir para Moscow la santa, la capital religiosa de las Rusias; para Moscow la sabia, la Atenas de esa gran nación.

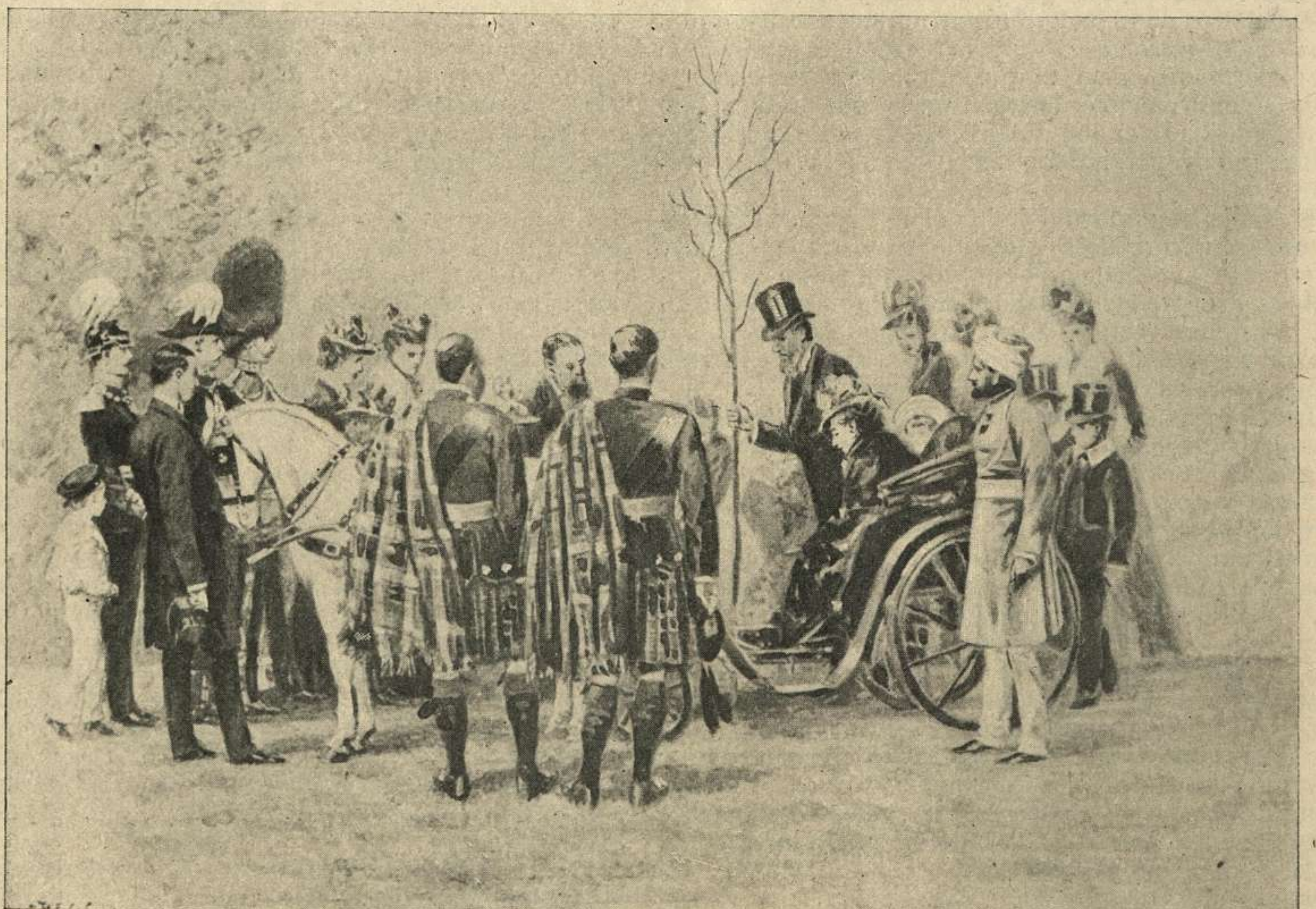
PORFIRIO PARRA.

Acababa de leer ese libro reciente de Emilio Verhaeren y Darío de Bergoyos, *La España negra*; y la novela española de Barrés, *Un amateur d'ames*, y el volumen positivo sobre la evolución política y social de España, de Yves Guyot: en todos la observación, la sujestión, la imposición de la nota oscura, que en este país contrasta con el lujo del sol, con la perpetua fiesta de la luz. Por singular efecto espectral, tanto color, tanto brillo polícromo, dan por suma en el giro de la rueda de la vida, lo negro.

Es la tierra de la alegría, de la más roja de las alegrías; los toros, las zambras, las mujeres sensuales, Don Juan, la voluptuosidad morisca; pero por lo propio es más aguda la crueldad, más desencadenada la lujuria, madre de la melancolía; y Torquemada vive, inmortal. Granada existe, abierta al sol, como la fruta de su nombre, perfumada, dulce, ácidamente grata; pero hay una Toledo, concreción de tiempo inmóvil y seca como una piedra, y entre cuyos muros

## VIAJE POR ESPAÑA.

No hace muchos días hice una corta visita á Aranjuez. Si Versailles recuerda á una coja encantadora en la historia, Aranjuez guarda aún el perfume de unauerta hechicera: bien vale un viaje á ese bello *buen retiro* de los príncipes castellanos, el ir á recordar á la princesa de Eboli. Entre los olorosos y evocadores boscajes resucitan las lejanas escenas, y hay en el ambiente de los jardines y alamedas como dormidosecos galantes que no aguardan sino el enamorado ó el poeta que sepa despertarlos. En el Palacio real y la Casa del Labrador es un espíritu de tristeza el que impera, desde que se penetra en las suntuosas y solitarias mansiones. Al recorrer los innumerables habitáculos, adornados de siglos de oro, de plata, de mármol, de ónix, de ágata, de seda, de marfil, al respirar bajo esas techumbres que han cubierto tanta hora trágica, feliz ó misteriosa, en la vida de muchos monarcas de España, sobrecoge el sombrío momento, la sala ha tiempo sin vida, la luna que retrató en su fondo las imágenes pasadas, la hora detenida en un reloj de Manuel de Rivas; el cojín en que se reclinó la cabeza de Felipe II, el fresco, el cuadro, el dije ó la estopa vieja con su atractivo peculiar y triste... Y el conserje que dice su aprendida relación, y se descubre ante un cuadro que representa una capilla del Escorial en que se está diciendo la misa... Viene á la mente la España negra.



S. M. B. PLANTA UN ARBOL CONMEMORATIVO DE SU CUMPLE AÑOS EN EL PARQUE DEL  
PALACIO WINDSOR.



sería insólita y fuera de lugar una carcajada. Allí no caben, al calor que abrasa la aridez de Castilla, otros amores que los tristes ó fatalmente trágicos, y Maurice Barrés, la pasión que hace amargamente florecer en recinto semejante, es la nefasta y ardorosamente paladeada de un incesto. Verhaeren anota sus impresiones dolorosas, copia al aguafuerte paisajes cálidos y calcinados, colecciona sus almas violentas y bárbaras como los productos de una flora tropical, excesiva y rara. Domina atávicamente su sangre belga la fiereza de la España que apretará á sus antepasados entre los hierros del duque de Alba; los espectáculos de la torería le dejan ver la cristalización sangrienta que yace bajo el subsuelo de esta raza cuya energía natural se complica de la ruda necesidad de las torturas; y el concepto de la muerte, y de la gracia, enlutados y caldeados por un catolicismo exacerbante, por una tradición feroz que ha podido encender las más horriblemente hermosas hogueras y aplicar los martirios más purpúreos y exquisitos. El arte revela ese fondo incomparable. La imaginaria religiosa hace de las naves de los templos, lúgubres *morgues* que me explico hayan conmovido á Verhaeren, como á cualquier visitante de pensamiento que traiga sus pasos por estas iglesias sangrientas en que Rivera ó Montañés, entre tantos, exponen al espanto humano sus lamentables Cristos.

Un español de gran talento me decía: «En cada uno de nosotros hay un alma de inquisidor». Cierto. Fijaos y decid si José Nakens no se junta, paralelamente, en lo infinito—así las dos líneas matemáticas,—con Tomás de Torquemada. Es la misma fe terrible, la intransigencia que llega hasta la ceguera: la aplicación del pobre, la certeza en la salvación por el sufrimiento, tan magníficamente iluminada en el drama de Hugo, Los conquistadores y los frailes en América, no hicieron sino obrar instintivamente, con el impulso de la onda nativa: los indios despedazados por los perros, los engaños y las violencias, las muertes de Moctezuma y Atahualpa, la esclavitud, el quemadero y la obra de la espada y el arcabuz, eran lógicos, y tan solamente un corazón excepcional, un espíritu extranjero entre los suyos, como Las Casas, pudo asombrarse dolorosamente de esa manifestación de la España negra: «Mi morena»—dice Mariano de Cavia.

Las sombrías políticas de antaño se producen hoy, claro que sin la pérdida magnificencia, pues de Polavieja á Antonio Pérez hay cien atlánticos de distan-



LOS GUARDIAS ESCOCESES DESFILAN ANTE S. M. LA REINA VICTORIA.

cia y las ducales espuelas de D. Fernando Alvarez de Toledo retrocederían sobre las agudas estrellas de D. Valeriano Weyler . . . . . Pero aún la sombra de Roma cae sobre el palacio de Madrid; los confesores áulicos tienen su papel, las intrigas son las mismas, con diferencia de personajes y de alturas mentales. ¡España va á cambiar! se grita en el instante en que la injusta y fuerte obra del yankee se consume. Y lo que cambia es el misterio.

La verbosidad nacional se desborda por cien bocas

y plumas de regeneradores improvisados. Es un sport nuevo. Y la zambra no se interrumpe, «España, dice un escritor de Francia, ha querido, sin duda, evocar esos grandes estados del Oriente antiguo que se derrumban en la embriaguez pública.» No, no ha querido evocar nada. Obra por sí misma: esa alegría es un producto autóctono, entre tanta tragedia; es el clavel: es la flor roja de la España negra. Así, cuando de nuevo los conservadores han vuelto al poder, se ha creído en el exterior que la reacción provocaría la revolución. Las inquisitoriales historias de Montjuich están cercanas; los sucesos de la guerra han sido tan rudos en su lección;—y las agitaciones provinciales del regionalismo se han repetido tanto. Nada. Quietud. Estancamiento. Apenas ruido de regaderas alrededor del tronco fósil del carlismo. Tan sólo, en lo futuro del tiempo, el hervor del fermento social.

La libertad y la individualidad—dice Geórges Lainé—son sentimientos accidentales que España siempre ha desconocido. La antigüedad y el Oriente no han imaginado otra forma de gobierno que el despotismo fanático y sospechoso, de tiranos, que se inmiscuyen en la intimidad de las conciencias. España no ha podido desprenderse de esa concepción, ni bajo el régimen del librepensador Carlos III, ni bajo la del intolerante Felipe II; el libre pensamiento castellano no fué entonces sino una variedad nueva de la intolerancia y del despotismo; si hubiese osado suprimir la religión del estado, hubiera sido para reemplazarla por una filosofía del estado, pero bruscamente, sin preparación, el siglo XIX rompió este molde social.

Mal podría yo, católico, atacar lo que venero; mas no puedo desconocer que el catolicismo español de hoy dista en su pequeñez largamente aun del terrible y dominante catolicismo de los autos de fé. Esa corrompida dominación religiosa de Filipinas, ha sido como bien lo conoce ya el mundo, la causa principal de la pérdida cuya fatalidad no hubo un juicio crítico que la presintiese. Habiendo perdido su poderío antiguo, la clerecía no tomó siquiera el rumbo que podría levantarla á su justo puesto en España, y á España entre las naciones: una España católica, en donde, ya que no como cuerpo, particularmente se protegiesen las artes y las ciencias. No es un sueño de poeta el pensar como el escritor que antes he citado, en el papel reservado á la iglesia en lo porvenir, con tal de que la barca simbólica fuese con buen timonel: la iglesia es una admirable institución, porque reposa sobre el amor y es el eterno asilo



ATENTADO CONTRA EL SR. GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS, CORONEL FRANCISCO LEON.

1.—C. Gobernador. 2.—El centinela al disparar.—Distancia entre ambos 15 metros 61 centímetros. Altura del lugar en que pegó la bala en el poste, 4 metros.

(De fotografía que nos envió un alto empleado de la Administración de Chiapas.)







su actividad a casi imposible. En cuanto al ciudadano que se halla a un frente y sabe el concepto que me merece. Lo he escrito en Europa y en América cuando la República parecía sucumbir bajo el peso de la intervención extranjera. Lo he escrito diariamente en el periódico que la reacción me ha arrancado de las manos. Lo he dicho ahora en mis correspondencias. Lo he repetido a tantos hombres eminentes de todos los partidos que me honran con su asistencia en Francia. Creo a través el primer republicano de América independiente sin escluir a los hombres de la América anglo-

john. Se cree superior a Washington, a Bolívar, a Lincoln. El ha hecho prevalecer en este siglo dos verdades inapreciables: la independencia de América, la democracia en América. ¿Que hubiera sido de nosotros si él sucumbiera? Su triunfo material ha sido nuestro triunfo moral. Lo tendré un placer inmenso en ser útil en algo a su gobierno. La crisis que atraviesa Europa necesita un profundo diagnóstico. Prusia y Alemania; Roma e Italia; Grecia y el Imperio turco; Rusia y el Oriente; el Imperio y Francia; los Borbones y España son otros tantos asuntos de profundísima meditación. Lo haré lo posible si su gobierno acepta la idea de ser útil, y por

**EL Sr. OBISPO PORTILLO**

El martes último falleció el religioso Fray Buenaventura Portillo, Obispo de Zacatecas, á la edad de setenta y dos años.

Nació en el Estado de Jalisco, el 2 de Mayo de 1827.

El prelado venía padeciendo desde hace tiempo, una dolorosa enfermedad que le impedía atender personalmente, como él lo deseaba, los asuntos de la diócesis.

Hace dos semanas se acentuó la enfermedad que padecía. Los médicos desesperaban de salvar al paciente y así lo manifestaron á los miembros del Cabildo zacatecano. Por fin, sobrevino la muerte en las primeras horas de la mañana del día veinte.

El 22 se efectuaron los funerales con la mayor solemnidad en la Catedral de Zacatecas, asistiendo el Cabildo, los curas de las parroquias, capellanes y ministros de los demás templos, el Rector, profesores y alumnos del Seminario Conciliar y numerosísimas familias católicas, tanto de dicha capital, como de la cercana población de Guadalupe.

El Sr. Portillo se educó en Guadalajara y profesó en el convento de Zapopam.

De manos del Obispo Dr. Don Diego Aranda, recibió las órdenes sacerdotales el 8 de Septiembre de 1850.

Fué preconizado Obispo de Trisalia *in partibus infidelium* y Vicario Apostólico de la Baja California el 9 de Marzo de 1880, y el 27 de Junio siguiente fué consagrado en la Catedral de Guadalajara por el señor Arzobispo Loza, juntamente con el Dr. Don Eduardo Sánchez, que había sido preconizado Obispo de Tamaulipas.

Pasó poco tiempo después á servir el Obispado de Chilapa, y en 1889 fué trasladado al de Zacatecas, siendo el sucesor del Dr. D. José del Refugio Guerra y tercer prelado de la diócesis.

La primera peregrinación de mexicanos de todos puntos de la República, que marchó á Roma en 1899 fué presidida por el Sr. Portillo.

Su afabilidad de carácter, su amor evangélico, su prudencia suma para tratar los asuntos de la Iglesia y su ilustración, le granjearon grandes simpatías.

apuntarle quincenalmente a aquellos hechos bajo los cuales se oculta la corriente de una idea. Solo espero saber si su gobierno aceptará su indicación con el mismo placer con que yo la acepto. Queda suyo siempre amigo afmo. Emilio Castelar

**EL CUMPLEAÑOS DE LA REINA VICTORIA.**

Nuestros grabados contienen escenas curiosas de las ceremonias y festividades con que fué celebrado en Londres el cumpleaños de la Reina Victoria.

Oportunamente llegó á Londres S. M para recibir las congratulaciones de los miembros de su familia y de los altos dignatarios del reino.

La serenata fué dirigida por el Sir Walter Parratt vestido con su traje de Doctor en Música. Formaban el orfeón doscientos setenta cantantes, miembros de varias sociedades corales. La Reina los escuchó desde la ventana, acompañándola sus allegados.

El Duque de Connaught dió las gracias á los cantantes; pero la Reina no quiso que se fueran sin hablarles y poniéndose en pié les dirigió algunas palabras de agradecimiento.

Los Guardias Escoceses desfilaron ante la terraza oriental del Castillo, hicieron salvas y evoluciones y con su Coronel el Duque de Connaught, el Gran Duque de Hesse y el Marqués de Lorne, de gran uniforme, se dirigieron a la Avenida Kennel, en donde la Reina presenció el desfile desde su cochecito.

Otra de las ceremonias del aniversario fué la plantación de un árbol conmemorativo en el viejo parque de ese Palacio histórico, morada de los últimos Plantagenets y de Jorje III, abuelo de Victoria.

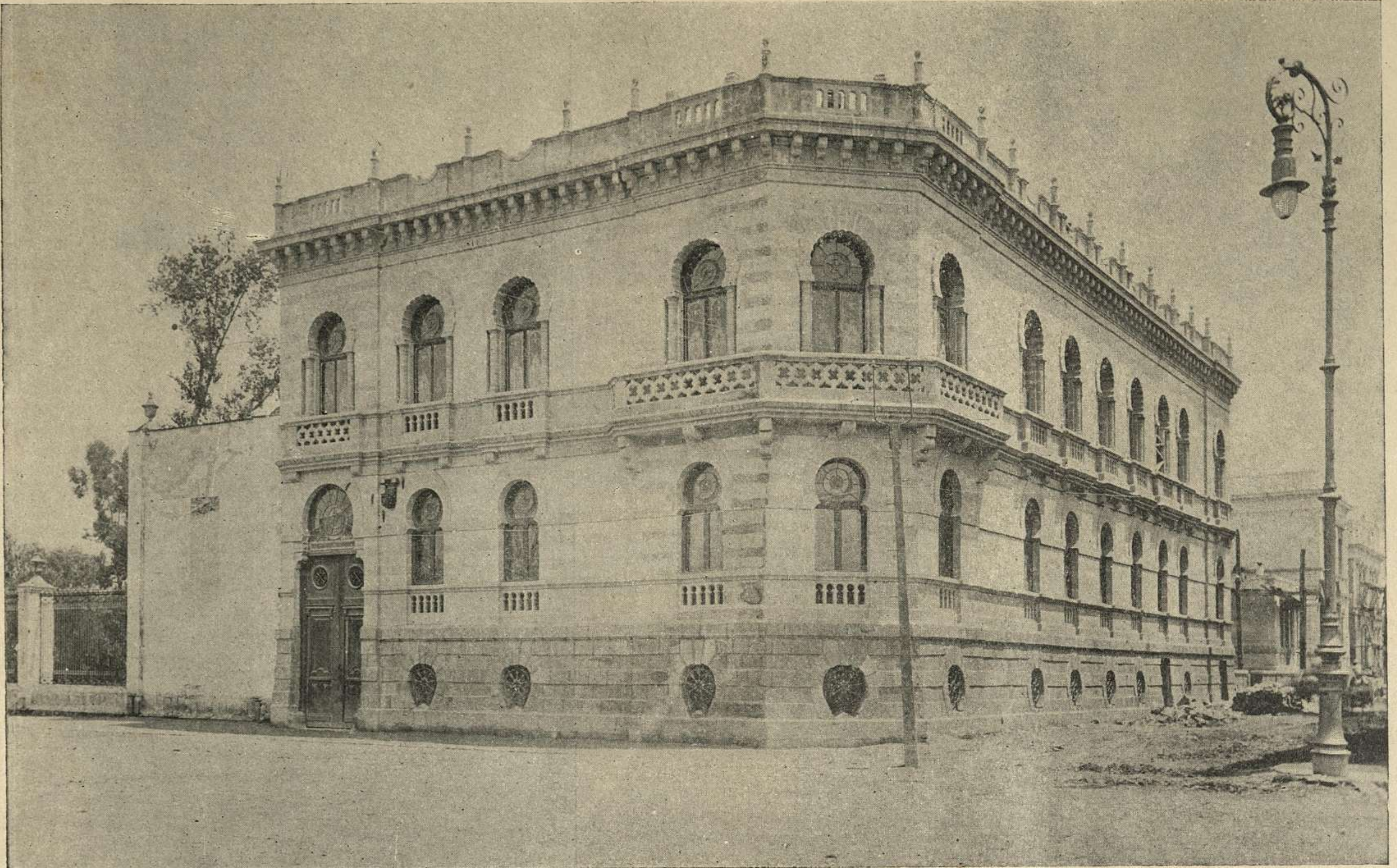
**El atentado contra el Gobernador de Chiapas.**

Un alto empleado de la Administración de Chiapas se ha servido enviarnos la fotografía tomada para reconstruir la escena del atentado, en la que se vé al Gobernador en el lugar por donde pasaba cuando disparó el soldado de la guardia y que se marca en el grabado con el número 1.

También nos remite la misma persona un periódico de Tuxtla en el que se reproduce la noticia que



## MEXICO MODERNO.



CASA MORISCA.—CALLE DEL EJIDO.

apareció en el Periódico Oficial del Estado y un reportazgo que da á conocer los antecedentes del soldado Antonio Martínez, autor del criminal atentado.

Antonio Martínez tiene 47 años, y ya ha sido condenado anteriormente por varios delitos, siendo su propensión dominante el crimen sangriento. En el Estado de Veracruz mató, por causas fútiles, á un turco, y según propia confesión, al disparar su arma sobre el Sr. Coronel León, lo hizo *porque sí* y sin que mediaran quejas contra él, pues ni aún lo conocía.

Según eso, el soldado Martínez es un criminal instintivo, un reincidente peligrosísimo que urge eliminar.

## Un autógrafo de Castelar.

A la bondad del Sr. D. Fernando Iglesias Calderón, poseedor de una colección riquísima de autógrafos y documentos preciosos para la historia de nuestra época, debemos el que hoy se publica en este número de nuestro semanario.

Debemos advertir que esta carta, interesante como todo lo que calzó la firma de Castelar, explica por manera singularmente precisa la grande admiración de los europeos latinos por nuestro benemérito Juárez. Ellos en efecto eran los que mejor podían apreciar la obra reformista y patriótica del partido liberal mexicano; ellos, que sentían pesar sobre su conciencia de pro-



CALLE DE DONATO GUERRA.


gresistas las fuerzas regresivas, contra las que lucharon Hugo en Francia, Garibaldi en Italia y en España Castelar—los tres grandes admiradores del repúblico mexicano.

Las comparaciones que hace Castelar, apreciando el valor de la obra consumada por Juárez, se explican no como una hipérbole de latino apasionado, sino como expresión de vehemente y generosa simpatía hacia un correligionario que alentaba los mismos ideales y combatía al mismo enemigo.

No desoímos la voz de la justicia histórica, aceptando el juicio, que coloca en situación de inferioridad ante la gratitud humana á los héroes de la América del Norte y de la América del Sur, respecto de nuestro eminente benemérito. Mucho nos alhaga, como mexicanos y liberales que somos, la apreciación del Sr. Castelar; pero no es, en nuestro concepto, la que sanciona la opinión ilustrada del país, y eso sin menosprecio por quien la formuló ni demérito para la significación histórica del gran Juárez.

Hay que tomar en cuenta las circunstancias en que escribió Castelar esta carta y la gran resonancia del triunfo de la República y de la Independencia en México. Castelar estaba desterrado, amenazado, hervían en su cerebro las santas cóleras contra la tradición de oprobios, violencias y sombras de la que surgía México, guiado por Juárez, á la luz de la regeneración en la República y en la libertad, los dos ideales del tribuno español.





# Loreley

pero incapaz de molestar á nadie, sino al contrario. Y con una carcajada formidable que sacudió la plaza, aplaudió la canalla el relato del raitre. Lore entonces, humillada y estúpida, había creído

¡Muera la bruja! A la horca la desvergonzada! Y de los balcones de piedra atestados de burgueses, y de las bóvedas oscuras del mercado, donde se enfilaba una compañía de arqueros en medio de resoplidos de caballos, se elevaron gritos y clamores de acusación, y se alzaron los puños hacia la cárcel donde el cortejo acababa de hacer alto.

Al pié de la escalera, donde la empujaron manos brutales, Lore había caído de rodillas, al tropezarse con los pliegues del brocado amarillento de su vestido, sembrado de anémonas de oro rosa y lirios de oro verde: sus pesados cabellos sedosos caían de debajo de su escañón sobre sus espaldas y sus mejillas, y con la cara atónita bajo las rojas pavesas esparcidas de su cabellera, la boca abierta y los ojos fijos, había extendido instintivamente los brazos y permanecía agarrada á las rodillas del Gobernador.

Pero él, desprendiéndose de los brazos desnudos de la muchacha hizo seña á los lansquenets de hacerla descender dos escalones más, y sin mirar á la muchacha acurrucada á sus piés y sacudida bajo las flores de sus vestidos, por un horrible estremecimiento de bestia fatigada, dijo con voz fuerte:

—¿Quién de vosotros, noble, burgués ó plebeyo, vió anoche con esta muchacha? Que avance sin temor y diga lo que sepa; la riña, los combatientes, ¿por qué? ¿á qué hora y en qué sitio? Lo escucho.

Y de la plaza donde la canalla de la ciudad vociferaba y gruñía amenazadora, subía tal rumor, que el heraldo, de pié junto al gobernador tuvo que embocar su trompeta y repetir tres veces el llamamiento.

La curiosidad hacía refluir las caras á los balcones de las altas casas ventradas, las cabezas hormigueaban en todos los pisos, y hasta en los techos, todos se mostraban con ademanes á la miserable muchacha, que acurrucada por los murmullos, yacía muda y abatida á los piés de Monseñor.

Al fin, un viejo raitre que había presenciado la riña, salió de las filas y avanzó torpemente.

«Era á la media noche, dijo: Estábamos

ebrios; se habían vaciado las colodras y nos disponíamos á partir; una jugada de dados, sí, una maldita jugada de dados que debía decidir quien podría pretender los favores de Lore, dió motivo á la disputa, porque Lore es de aquellas que no ve dos veces un hombre sin deseársela. Los borrachos son irascibles. Así se explica que llegaron á las manos, pero como la hembra se asustaba con los estoques, salieron para pelear sin testigos, y ¡diablo! se acuchillaron y se mataron por ella bajo su ventana; y como la chusma había echado los cerrojos de las puertas, en vano la muchacha pidió auxilio y procuró evitar el asesinato. Al amanecer, obstruían y enrojecían el umbral de la casa los cadáveres, acribillados de heridas, de diez hermosos donceles.»

No sabía nada más, sino que hasta entonces la moza había vivido sin escándalo y reclusa, vigilada de cerca por sus galanteadores que no la dejaban salir más que los días de fiesta; vanidosa de su hermosura, seguramente, y más deseable que cualquiera otra,



oír al gobernador refunfuñar las palabras: en paz, guerra, satisfacción honorable, y luego un:

—Fuera de aquí, hechicera. Has menester de ir á Roma á purgar tu crimen.

Y subió los peldaños de la escalera, y con la mirada hosca, seguido de su escolta, desapareció en las saias, dejando á la muchacha en poder del pueblo.

Entonces la estrujaron otra vez manos brutales, la pusieron por fuerza en pié, y lívida, casi loca, Lore se encontró abandonada á la multitud, una multitud desencadenada que se estrellaba en su derredor con el ruido de las olas en el mar.

Y levantada, arrastrada por los mercados y las calles y las plazas atronadoras y henchidas de una muchedumbre ebria de gritos de muerte, cerró los ojos y se abandonó en los brazos que la conducían para recobrar aliento y volver en sí, desfallecida, de pié, bajo el pórtico de la vieja catedral ensombrecida por tapicerías de duelo.

Allí, entre el humo de los incensarios estaba sentado un hombre en el fondo de una nave inmensa, un viejo alto y mitrado, bajo el baldequino de un dosel;



era un obispo: y la nave estaba negra de pueblo. En la sombra hilvanada de puntos de oro por los cirios, tras las rejas del coro, se entreveían cinco túmulos, rodeados por mujeres en oración, y como un largo sollozo, sollozaba bajo las bóvedas, estortoreaba como un estertor, salmodiado por voces solemnes, el oficio de difuntos, y Lore, empujada siempre por la multitud, después de franquear las rejas é inclinarse sobre las cabezas de las mujeres, se detuvo; bajo su deshecho toisón tiritaba y castañeteaba los dientes como sacudida por un fuerte escalofrío, porque sobre los cinco túmulos, iluminados por los cirios, se alineaban diez ataúdes, los ataúdes de los diez hombres por culpa de ella asesinados en el lance de la víspera.

Un enorme grito de angustia hizo temblar los vitrales.

Lore acababa de caer, la cara contra las baldosas al pié mismo del dosel que cubría al asombrado obispo.

Sus espaldas y sus senos habían saltado casi del corsé, y, con la frente en el polvo, se acusaba á sí misma, sollozaba y pedía la muerte, suplicando ante todo se la condujera fuera de aquella catedral, lejos de aquellos cirios y de aquellos ataúdes.....

Aquellos cánticos le hacían daño, aquel incienso la ahogaba, porque era bruja, lo confesaba ahora, sus amantes la adoraban y maldecían su pasado, y el pecado de su vida; y sus talones golpeaban precipitadamente el mosaico del coro, y su voz ahogada imploraba que se la condujese fuera.

El obispo había dejado su trono, y creyéndola poseída, ponía sus manos sobre su hermoso cuerpo de hembra, retorcido por la desesperación.

Los diáconos se habían subido á las sillas para ver, y las cabezas de los curiosos se aplastaban en el enre-



jado que rodeaba al coro; el obispo, entonces, pidió noticias de aquella visionaria:

—¿Tenía padres?

Elevóse una voz en la multitud que respondió.

—Señor, no tiene madre y vive sola. Es Lore.

El obispo se estremeció porque era la primera vez que veía á la blanca cortesana.



Entonces el representante de Dios, le dijo lleno de tristeza:

«Que otro te condene si se atreve; yo no puedo condenarte á muerte; enciértrate en un claustro, córtate esta cabellera culpable, hunde para siempre en la sombra la nieve de esos brazos, y ese altivo rostro que demanda amor, extingue el brillo de esas pupilas azules donde brilla un hechizo de deseos peligrosos para la salvación de los hombres, y que me hacen sentir, á pesar mío, la dulzura de una caricia y un encanto que es el cebo del infierno. He aquí el único castigo que te impongo: el olvido para el escándalo, la noche y el silencio para tu hermosura de cortesana famosa.»

Y apartándose de la criatura humillada á sus piés, en la húmeda claridad de su cabellera desolada como en un charco de oro, desapareció, solemne y pensativo, entre la sombra y los resplandores del altar mayor fulgurante de cirios.

Y Lore, con la frente humillada, descendiendo á lo largo de las murallas de la ciudad, por una calleja polvosa y sin sombra, y tres pobres diablos de estaferos de cabellos rojos, jorobados bajo el peso de las alabardas la sigen y la escoltan: grupo mudo y trágico.

A veces, á lo largo de las murallas en ruinas, se abre una brecha llena de violetas, dejando ver los trigales y los huertos, y el Rhin serpentea por la campiña y los hombres se detie-

nen para tomar aliento y aspirar una ráfaga de brisa en aquella calleja calcinada, pues quema el sol de Agosto; ella prosigue silenciosa y taciturna, con un sayal sobre el ropaje y deshechos sus pesados cabellos.



Poco se le importa el perdón y la justicia. ¿No todos, el Gobernador y hasta el propio Obispo en su aparente piedad; todos, aun en el claustro abierto á los arrepentimientos tardíos de los malandrines y los descarriados, la habían arrojado y rechazado, á ella,



jado muy atrás la ciudad; sus murallas han desaparecido, un cierzo áspero hace ahornagar los centenos y las avenas y los tres estaferos cuya silueta se agranda y se perfila en negro sobre un cielo de cobre ven ya la ciudad en el horizonte con sus techos y sus campanarios puntiagudos semejante á los castillos de torreones pintados sobre el fondo de oro en los misales y vitrales.

Lore se detiene en un recodo del camino; ha desaparecido el Rhin, el Rhin de su infancia laminado de viva plata entre sus temblorosas riberas de cañales.

De pronto, titubeante como una mujer ebria, Lore se detiene, invadida por los recuerdos esparcidos de los años anteriores, por el encanto enternecedor de las cosas olvidadas; y de la ciudad ya lejana y de sus campanarios de pizarra, y de sus murallas derruidas, surge todo su pasado y resplandece sonriente; ve primero la casa paterna, una casa vieja llena de sombras y de silencio, perdida en el arrabal; el abuelo, un viejo calvo y friolento, siempre agazapado junto al hogar; luego la alcoba de vitrales exágonos flordelisados de púrpura de alegres llamas con que la aurora alegra su despertar; el tiesto de albahaca en el ángulo de la ventana, luego el primer amante, el joven lansquenete de crespo mostacho, un capitán y un coronel, y luego otros más, y otros más después.

¿Donde yacían ahora, deshogados y marchitos los lises de su lecho de virgen, hoy deshonorada, maldecida y odiada por todos?

Entonces, volviéndose hacia los tres estaferos, Lore tiene aún fuerzas para implorar á aquellos militarones, y despojando sus espaldas de las pesadas cadenas

demasiado hermosa para seguir viviendo y sin embargo demasiado hermosa para morir?

Perdonada por un sacerdote y anatematizada por un pueblo.

A esto la había condenado el mundo implacable que pierde á los inocentes.

Y ¿sabes á dónde va ahora, bajo el sol de plomo y la cabeza desnuda y como anquilada bajo las flores de oro verde y de oro rosa de sus vestidos, esta mujer de ojos secos fijos en el horizonte?

A un lazareto.

Tal es el porvenir de Loreley.

Envejecer en medio de los leprosos en el abandono y la suciedad, vendando carnes purulentas y lavando úlceras.

A su alrededor gorgujan los setos cuajados de nidos y arden las amapolas en los trigales, pues han de-

de oro, y sus brazos de los brazaletes cuajados de esmaltes, ¿Queréis, les dice con voz tan suave que se creyera oír quejarse y llorar un alma, queréis dejarme contemplar por última vez las murallas de mi ciudad? estas joyas y estas orfebrerías os indemnizarán de vuestro retardo: este es el último deseo y será el último adiós de una desterrada. Antes que el sol se hunda detrás de las montañas quisiera subir un instante á aquella roca que domina el río, y desde allí mirar, por última vez, para llevarlo en mis ojos, el país que abandono; es un capricho de loca, que á vosotros os hace sonreír pero que á mí me mata, ¿me lo permitís? respondió.

Y sus ojos, mientras hablaba, sus ardientes ojos de ajusticiada se habían tornado dulces, atrayentes y dominadores como en los días en que, adorada de los margraves y de los duques, vertía como un filtro, la embriaguez de su belleza en los caprichos de un pueblo.

Los tres estaferos respondieron:

—Sí.



Ya sobre la roca, Loreley sonríe á sus verdugos, y de pié como en una gloria, entre el oro en fusión del ocaso y el oro fluído de sus cabellos, sueltos sobre las franjas de su vestido, grita:

—Puesto que no hay para mí ni perdón ni justicia, te abandono y te absuelvo, mundo infame que me has perdido y ahora me reprochas mi belleza como un crimen; te absuelvo y á tí me acojo, muerte consoladora.

Y cruzando los brazos sobre su pecho, con el rostro extasiado, la hermosa Loreley se inclina y se arroja al río.

Los tres estaferos rojos, agazapados á la sombra de la roca, sopesan en sus dedos las joyas de Loreley.

JEAN LORRAIN.

## WANDA DE BONGZA.

Comédie Française.

Se representaba «Hernani,» á muchos años de distancia de la grande efervescencia literaria, de las formidables batallas en que Teófilo Gautier triunfaba á puñetazos y á metáforas, en que el viejo Hugo—maestro de maestros—era aclamado como un dios y maldecido como un blasfemo....

\*\*

Mouret Sully, el pobre gran artista, maravilloso; pero yo sólo miraba y amaba á Doña Sol.

\*\*

Wanda de Bongza, extraño nombre de una mujer encantadora. Esplendorosa, fascinante, tiene en la voz cadencia de sutil armonía y en los ojos misterios de luminosas noches febriles.... Su cabellera es lujosa, ardiente, sombría, digna de ser ungida con las mirras enloquecedoras del harem.... Tienen sus manos inquietas nerviosidades, parece que buscan la cabeza doblada en el éxtasis, parece que pulsán la fina cuerda de oro del arpa cóptica.... Su andar, lentamente ondulante, recuerda los compases tziganos, fugitivos como vuelo de plumas perezosas.... El verso, al salir de su boca larga y delgada, adquiere alma de co-

lor y de música, estalla alegre, vivo, es la abeja que ha bebido mucha miel.... Si suplica, si amenaza, si ríe, si llora, siempre es bella, siempre es mujer, siempre es artista. No piensa mucho sus papeles, pero los siente con hondísima pasión. Entra de un golpe en nuestra alma, como señora de la casa, se apodera de nuestros sentimientos, saquea nuestros recuerdos, abre las jaulas de nuestros ideales... No pormenoriza las situaciones y es fina, no estudia las actitudes y es discreta. En la escena pierde la cabeza, se le huye el pensamiento, sólo le queda su corazón que la exalta y la transfigura. Su arte es de los buenos, espontáneo, sincero, sugestivo. Recorre con naturalidad absoluta todos los matices, desde las tiernas imploraciones que confinan con la lágrima y la sonrisa, hasta los arrebatos imperiosos del deseo que confinan con la locura y el éxtasis. Y contagia, como contagia fiebre la fiebre, como contagia martirio el martirio, como contagia amor el amor! Por qué desvanece en lentas pausas una frase precisa, clara, ruda? ¿por qué bajo los astros de la noche y entre los sobresaltados pudores de la nupcia, se le escapan gritos fulminantes y breves como meteoros del alma? ¿por qué al escuchar los abruptos y majestuosos amores de Hernani, se

tuerce en su boca aterrada la convulsión de un lamento, entrecierra con dolor los ojos como si la deslumbrara una ráfaga de fogata salvaje, y, juntando sus manos, extendiendo los brazos vibrantes como si llevara en los puños brazaletes de fuego y de vergüenza?... Ya pueden querellarse todos los analistas, ya pueden doctrinar todos los psicólogos. Así siente y así expresa, es su personalidad y es su corazón. Exquisita, pulida, selecta, nerviosa, flor de civilización vieja....

\*\*

El noble Rey amenazaba al altivo hidalgo, el cuerno de Hernani resonaba.... Yo sólo veía á Doña Sol.

¡Oh mujer de ojos febriles! quisiera hacerte sonreír de ensueños y gritar de pasión; quisiera adorarte con incensales plegarias y besarte con salomónico delirio; quisiera ser la frente doblada en el éxtasis que buscan tus manos inquietas y el Elejido que huele hasta enloquecerse las mirras de tu cabellera!....

JESUS URUETA.





# DES TAZAS DE TÉ

Qué bien sabía la charla íntima en aquel discreto rinconcito del salón! Bajo una sombrilla japonesa, detrás de un biombo: noche de raso negro cruzada por pesadillas de oro. Miro aún, ¡y han pasado muchos años! la enorme lámpara del velador anaranjado, el espejo de irisado bisel, el vaso de acero desbordante de begonias y el grupo de mármol: dos bañaderas en pedestal de felpa.

Los murmullos de las conversaciones desmayaban ahí, el ruido del salón se amortiguaba y se estaba á la vez cerca y lejos de la multitud en el delicioso *vis-á-vis* color de castaña.

Buscaba á Augusta en aquellas recepciones desde mi entrada, y verdaderas estrategias me valia atraerla allá, bajo el plastrón de retratos, junto á la mesita estorbo recargada de álbums. La tetera cuchicheaba sobre la flama azul del alcohol, y el blondo líquido humeaba en las frágiles y anchas corolas de porcelana. Ese era el pretexto, la oportuna taza de té que yo mismo le ofrecía... y hénos ahí lejos de las indiscreciones, mía, esos breves instantes que dura la bebida de salón, comentada en tono confidencial.

Las frases moribundas de una romanza, el quejumbroso recitado de una melopea, la melodía de una sonata, el rumor de los bailadores, una risa bulliciosa ó una palabra dicha en voz alta, nos recordaban que estábamos en plena sala, ¡muy pronto lo olvidábamos!

¡Qué deliciosa música su palabra, qué deliciosa música su risa!

¡Siempre estaba de prisa, á punto de partir, puesto el sombrero! yo jugueteaba con sus guantes, mol-des adorables de sus manos de princesa, manos amadas, ideales, manos de Chaplín, como dijo el poeta, hechas para mecer un abanico de Wateau ó balancear una azucena; yo aspiraba indiscreto su aroma delicado, y apenas sensible, de rosas blancas. Una alianza de oro en el anular de la izquierda me hacia mal: hay en el corazón de todo amigo un punto enfermo, un punto enamorado, y ese me dolía. Nunca quise preguntarle si esa joya significaba un amor correspondido.

Charlábamos con entusiasmo, temblaban las flores de durazno de su sombrero, nos acercábamos mucho en las discusiones, avanzaba su rostro, chispeaba una eterna pregunta en sus ojos castos, accionaba con ardientes ademanes... la taza perdía el equilibrio, y en momentos de olvido, para convencerla, familiarmente dejaba mi mano en su hombro sin que ella pareciera percibirlo.

¡Sólo el corazón en los labios! Si yo hubiera tenido un secreto que costara la vida, un dolor inmenso, una herida de las que se ocultan con el pudor de la

dades, todo se decía ahí como al oído de un hermano mayor que se respeta y que se adora. Llegué á considerarla como lo que fué: la mujer indispensable. Enfermo de dudas y de cansancio, su risa me volvió la primavera del carácter alegre, llegué hasta emborronar rimas breves en su honor. Me consolaba de muchas injusticias de la vida, y las hubiera querido más crueles por sólo el placer de comentarlas en los días del *vis-á-vis*.

Tener cerca una mujer buena, inteligente y bella, saber que somos el uno para el otro, hermanos por el alma, no sentirse torturados por la pasión, entregarse sinceramente en una frase y ver embellecido el paisaje de la palabra por ese dulce sol de afecto que parece bañar en ternura el alma toda con unos ojos que tutean, con un ademán que sólo tiene para vosotros, con una frase que vuela libre del grillete de la etiqueta... eso, es realizar el idilio posible de la moderna vida en que el amor es ¡ay! tortura, y el ensueño dolorosa enfermedad.

No era mi novia, es cierto, pero en cambio jamás un hombre hubiera oído las confidencias que á ella le hice, tan tiernas, tan íntimas, tan delicadas, evaporando un perfume de ingenuidad é infancia tales, que hubiera temido esa risa de Mefistófeles con que acostumbramos burlar esos girones de alma femenina que hay en el fondo de toda virilidad. Como Hércules, hilamos esa seda de colores castos á los piés de Onfalia, jamás lo haríamos en presencia de Aquiles.

Empapado en ella, al despedirnos, mientras me tendía la mano para que le abrochara los guantes, cuántas veces le dije como una súplica y con ardiente tono de plegaria:

—¡Oh, Augusta, seremos siempre así, buenos amigos, leales amigos, perpetuamente amigos!...

Un largo estrechamiento de manos, una mirada hasta el fondo, una sonrisa leal, y nos separábamos, quizá pensando con Goëthe, que donde hay mucho afecto hay mucho bienestar.

Aquella noche—la última—por inexplicable distracción bebimos en la misma taza...ninguno de los dos notó que el té sabía amargo, ¡se nos olvidó ponerle azucar!

\*\*

Héme aquí de nuevo en el *vis-á-vis*, pero completamente solo; sueño que Augusta está conmigo, y como Penélope, bordo el tapiz de aquella historia que comenzó con flores azules... ¡el hilo se ha roto!

¡Eternamente Yago! La murmuración detrás de un abanico, el consejo maternal de una señora de edad mordisqueando un pastel, el malicioso comentario al chocar dos copas de Málaga... he ahí el sumario.

Mi amistad con Augusta tuvo su fiscal y la declararon culpable... falló... ni quiero saber quién.

La llamaron discretamente aparte... porque la quieren, porque su bondad la compromete, porque necesita un ser leal que la dirija.

Hablaron dulcemente de mi pobreza é incierto porvenir, lamentaron los deterioros de mi traje y el estado de mi pobre sombrero. ¡Quizá soy simpático, quizá tengo talento, ¿pero eso qué vale? Aunque ella lo niegue, hay algo más de amistad entre los dos: hay amor; eso se conoce... y no le convengo, sería ridículo, absurdo, ¡vamos! odioso. Merece algo más que un muchacho que recita versos detrás de un biombo, bajo una sombrilla japonesa, entre begonias; el que tal hace, es peligroso, porque será eternamente pobre.

Aun es tiempo de retroceder, mañana será tarde; como indiscreto contaré que es mi novia, citaré hechos falsos, deiatadoras coincidencias, fingiré citas y cartas; total, una reputación perdida. ¿Qué soy buen muchacho? ¡pero de familia tan oscura! ¡presencia tan desagradable! ¡sin porvenir! ¡un cualquiera! Yago se entusiasma, pasa del comentario á la calumnia: he contado sabe Dios cuantas cosas á mis amigos... todos conocen su retrato que aseguro ella me ha dado... en un café; medio ebrio, divulgué cosas delicadas... al menos eso dicen... ¿Qué hombre correcto la galanteará cuando lo sepa?

¡Oh, buena amiga mía! Sé que me defiende, que desmiente, que clama contra la injusticia y acaba por reír de la fábula absurda... pero la hieren, la fustigan, interpretan su interés por una complacencia amorosa que la honra muy poco, no me conocen, no han oído hablar de mí, pero así debo ser... ¡es indudable!... ¡Pobre amiga mía! El veneno entra muy hondo, la sospecha engendra dudas. Yago la mira de hito en hito... ¡á decidirse! ¿verdad que no me quiere, que no puede quererme? ¡y titubea y vacila y cae!

Ella se ha turbado al encontrarse conmigo, quiso esbozar su sonrisa buena, ¡inútil! es otra, recorre el salón queriendo sorprender un comentario. Me tiende la mano con la amabilidad de una mujer correcta, pero con la glacial sonrisa de sociedad! La sigo, dirigiéndole una frase cariñosa, pero... estamos delante de testigos, frente al formidable *qué dirán*, y me ha contestado con agredimiento trivial, desolador.

Ríen detrás de los abanicos, me siento ridículo, mi caída se divulga, busco quien me compadezca al menos, perc todos, no sé por qué, parecen experimentar íntimo placer de esa injusticia.

Estoy, pues, solo, solo y con la muerte en el alma, y mientras ella toca un *lied* de Mendehlson, con el sollozo y el insulto al borde de los labios, me deajo caer ahí en el rinconcito callado, bajo la sombrilla japonesa, detrás del biombo, entre las begonias. ¡Oh, sí la amo!... pero no merezco el desenlace... la han inoculado de desconfianza, peor que el odio.

Mis amigos ni me consuelan ni me buscan, todo lo han visto, pero ¡el eterno acaso! un preludio de lan-ceros en esa reñida batalla de salón consuma mi derrota. Todos ríen, ellas se abanicen al parecer felices, quizá hasta la que es causa de mi ruina... ¿Ella habla de mí? ¿me niega con ese gesto de orgullo? ¿qué sátira les arrancará esa escandalosa carcajada que hace volver el rostro á las personas graves?

Estamos frente á frente.



—Ofrézcale usted á Augusta una taza de té, me dice Verónica con espiritual sonrisa.

—¡Cómo no! Y con las manos trémulas, escancio en la frágil taza el líquido humeante; procuro sonreír, ser amable... ella se turba, palidece, no sabe dónde mirar, conserva puestos sus guantes, se niega á sentarse y da largos tragos para abreviar ese penoso encuentro... Estamos solos, bajo la sombrilla japonesa, tras el biombo, entre las bregonias... ¡Y enmudecemos!

—Augusta, le digo con dolor, ¿qué pasa?

—¡Nada! me responde fingiendo extrañeza. ¿Por que?

—¿No somos ya lo que antes?

—¿Cómo lo que antes?

—Es decir... digo... decía usted... que perpetuamente amigos.

—¡Ah, sí! Y aquella madona deja la taza en el mármol, me toca la punta de los dedos, ya es muy tarde; esboza una sonrisa de adiós y se aleja... No la sigo; como un imbécil sirvo diez terrones de azúcar, inconscientemente, y sin embargo, ¡qué amargura en los labios, qué amargura en el alma, qué amargura en esa gota, en esa gota de dolor, que, única, lenta, caliente y silenciosa, se desprende de mis pestañas, corre por mi faz estremecida y cae en mi solapa sobre una mustia margarita! ¡Irónico rocío de una flor muerta!

*Adel Campesino*  
*Micror*

### A Fernangrana.

¿Que mi amor no es amor? ¿cómo te engañas!  
Te engañas... no: ¡cómo engañar pretendes!  
Cruel en mi amor te ensañas;  
Pero en mi amor, á tu pesar, te enciendes!  
¿Y así me dices que el amor que en prenda  
De amor te da mi corazón sincero  
No es el amor, porque le falta venda?...  
¡No sabes que mi amor quiere primero  
Ver si tienes Amor y es verdadero!...

LIDIA.



(De "Interior.")

Como llora el generoso corazón de Jesucristo  
rojas lágrimas que ruedan cual rubíes, agresivas,  
implorando, sacudido por hostiles convulsiones,  
la piedad de las espinas.

Cual derrama por los poros de los siervos de la gleba  
el cansancio, suplicando un placer que los redima,  
turbio llanto de sudores que fecundan el martirio  
en la cruz de la fatiga.

Cual implora, silencioso, compasión en el patíbulo,  
el doliente condenado, compasión á la cuchilla,  
con miradas donde asoman los terrores y el asombro  
divagando las pupilas.

Como piden, enseñando el verdor de su ropaje,  
los encinos y los robles, que denuncian lozanía,  
la clemencia de los rayos que les hieren las entrañas  
y los rajan y derriban.

Así pido, imploro y ruego al puñal de tus desdenes,  
así ruego, imploro y pido á los garfios de tus iras  
compasión, piedad, clemencia para mi alma lacerada,  
alevosamente víctima.

Enseñándote los labios carcomidos de las llagas  
y las fauces escarlatas que entreabren las heridas  
desgarradas por tu mano, sin temor á mis lamentos  
que á tus plantas se arrodillan.

JOSE M. FACHA.



## ALBA CAMPESTRE.

Alborea. Es el instante,  
es el solemne momento  
en que la luz palpitante  
su áurea bandera triunfante  
despliega en el firmamento.

Se fué la Noche—la negra  
esclava de faz adusta—  
se fué la que tanto asusta,  
llegó la que tanto alegra:  
la Aurora! Ved: ya galana,  
como la Venus pagana,  
surge en los mares de Oriente  
mostrando el seno turgente  
de nivosa porcelana.

Desata sus crenchas; dora  
el cielo con su atavío,  
y sobre las flores llora  
ese llanto que atesora  
hecho perlas: el rocío.

Todo es alegre á esta hora  
en que se despierta el mundo  
de sueño triste y profundo:  
el gallo á lo lejos canta,  
y todo árbol, toda planta  
siente las celdillas llenas  
de savia que les afluye  
y circulándoles huye  
—sangre blanca—por sus venas.

Ya en los girones de bruma  
que del lago se desprenden  
y cual humareda ascienden,  
el caserío se esfuma.

—Ya empinada en el alero  
coquetea la paloma,  
y el fragante limonero  
—arábigo pebetero—  
suelta en ráfagas su aroma.

Madruga el rústico; deja  
el leñador la cabaña  
y, el hacha al hombro, se aleja  
camino de la montaña.

Bala en el redil la oveja,  
en los lejanos corrales  
brama el gallardo novillo,  
y por cima los trigales  
que encarruja el cefirillo,  
se ciernen en densa nube  
los tordos madrugadores.

Entre tanto, el Sol ya sube;  
se apresuran los pastores  
á ordeñar; los labradores  
van á uncir, y el buey tardío  
el testuz al yugo ofrece.

Qué rumor produce el río  
que colérico se hincha!  
Gigante boa parece  
que se escama y da pavora.

El potro piafa y relincha  
retozando en la llanura...  
ah! su relincho sonoro  
simula en alas del viento,  
toque de clarín de oro  
que emerge del campamento.

Y soplan aires suaves  
susurrando en la floresta,  
y ora dulces, ora graves,  
saludan al Sol las aves  
con un himno á toda orquesta.

\* \* \*

Salud oh Sol! Ya tu disco,  
que asoma entre las escamas  
del crestón de abrupto risco,  
flameante se estremece  
como abanico de llamas.

Y crece el rumor, y crece  
el movimiento y la vida  
cuando en el campo amanece  
y á sus labores convida.

El rebaño va á la punta  
del alto monte, que encierra  
pasto abundoso; la yunta  
va á labrar la inculta tierra;  
la ronda de campesinos  
de corvas hoces armada,  
va por diversos caminos  
á segar la mies dorada;  
y las yeguas, que fustiga  
látigo en mano severa,  
corren á trillar la espiga  
amontonada en la era.

\* \* \*

A la lucha, labradores!  
á regar vuestros sudores  
en la tierra, el Cielo os trajo;  
id á la diaria fatiga,  
y Dios vuestro pan bendiga,  
adalides del trabajo!

JUAN B. DELGADO.



### LA VEJEZ DE ANACREONTE.

La tarde coronábale de rosas.  
Sus dulces versos, en divino coro,  
Se iban flotando como polen de oro  
Sobre alas de invisibles mariposas.

\* \* \*

Compañían los mimos suaves glosas,  
Mujía blandamente el mar sonoro,  
Como si fuera un descornado toro  
Uncido á la cuadriga de las diosas.

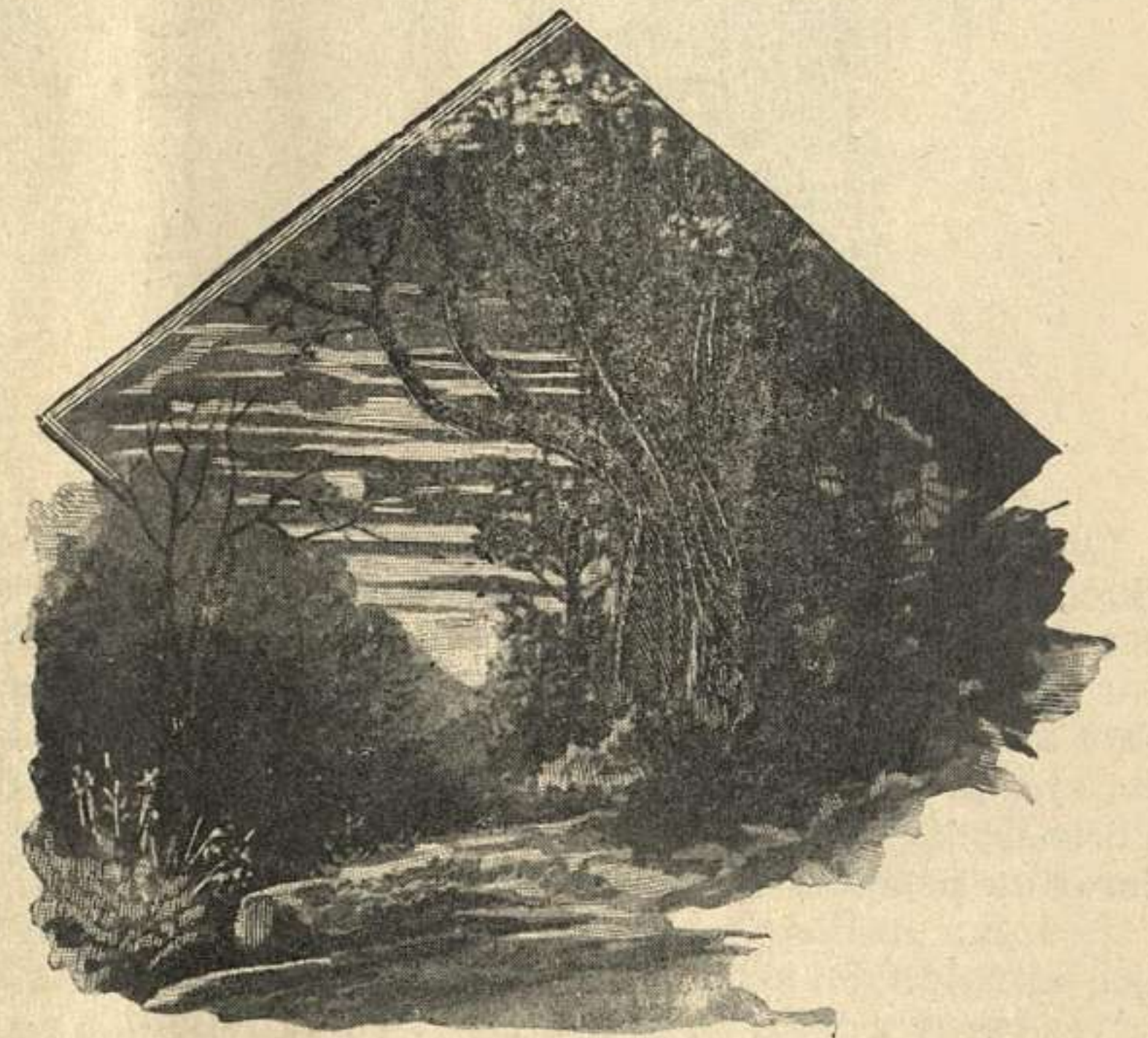
\* \* \*

Y más rosas llovieron; y la frente  
Del poeta, inclinóse dulcemente,  
Y un calor juvenil flotó en sus venas.

\* \* \*

Sintió llenos de flores los cabellos.  
Las temblorosas manos hundió en ellos...  
Y en vez de rosas encontró azucenas.

LEOPOLDO LUGONES.



### MURMURIOS.

La tarde muere funeral querube,  
Que los recuerdos tenebrosos ata.  
La niebla tenue silenciosa sube,  
Y el astro brilla en apartada nube  
Como áureo insecto en su capuz de plata.

Y los manzanos a' caer sus flores,  
Sangre parece que en redor gotean;  
Y sus frutos de vívidos colores  
Como aves poseídas de temores,  
Ni cantan, ni se mueven, ni aletean.

De los arbustos que la noche esfuma  
Las ramas se alzan como negras cruces.  
La azucena semeja entre la bruma,  
Ya un oleaje que cubrió la espuma,  
Ya un candelabro de apacibles luces.

Callada está la selva melenuda.  
Ni un rumor se columpia en su frondaje.  
Están las casas en su falda ruda,  
Cual caravana que paróse muda,  
A admirar las bellezas del paisaje.

Allí vivía la que busco en vano  
La que al verme llorar entristecido  
Me acariciaba con su blanca mano.  
Ave hambrienta, levántame, soy gran...  
Alma huérfana, búscame, soy nido.

¿El tiempo nada en su carrera arranca?  
¿Deja la herida del dolor abierta?  
Mi llanto se cuajó, y está cubierta  
Mi alma de nieve. Para siempre blanca,  
Por siempre sola, para siempre muerta.

ABEL C. SALAZAR.



## CONOCIMIENTOS UTILES.

## No más manchas.

Creedme bien, no se trata aquí de un reclamo á un producto maravilloso; quiero simplemente, y sin pretender dar un manual del perfecto desmanchador, indicar algunas recetas prácticas, para reparar las desgracias que pueden acontecer á nuestros vestidos, en la vida ordinaria.

Cuántas veces se siente uno vivamente contrariado por una mancha que viene á deshonrar un vestido nuevo, y quisiera estar en aptitud de quitarla inmediatamente! Es necesario tener en cuenta, que muchas veces se encuentra uno en el campo, muy lejos para poder utilizar los servicios del tintorero desmanchador, y que es preciso entonces operar personalmente. Demos, pues, algunas ligeras indicaciones que tomamos de nuestros colegas de la prensa americana técnica, y que son de aplicación fácil.

Es evidente, y hasta parece inútil decirlo, que se debe tratar las manchas, lo más pronto posible con objeto de impedir que penetren profundamente en el tejido, ó en los objetos sobre que han caído, cualquiera que ellos sean. Si es pintura, por ejemplo, es necesario enjuagar inmediatamente, y se puede estar seguro de quitar una gran parte. Cuando cae grasa en un vestido, un tapiz, la madera ó piedra hay que echarle agua inmediatamente, porque así se endurece y penetra menos que al estado líquido. En un cuarto de hora se pueden quitar las manchas de té, café, vino, jugo de frutas y aún de tinta, si se tiene cuidado de atacarlas cuando no han tenido todavía tiempo de secar.

Otra precaución que es estrictamente necesario observar, es la de no frotar una mancha que cae sobre un objeto de color; es necesario contentarse con secar, y se comprende la necesidad de obrar así, porque el frotamiento destiñe la superficie, y comunmente queda un círculo blanco, que es imposible hacer desaparecer. Para secar, el mejor modo es hacer una muñeca, cubriendo el dedo con un pañuelo viejo y cambiando frecuentemente el lugar del género sucio por otro limpio, limitando la limpieza á la superficie dañada, so pena de extender la mancha á las partes que la rodean.

En tratándose de limpiar manchas, es haber medio ganado la batalla, saber exactamente lo que se va á hacer, y hacerlo inmediatamente, rápidamente y con cuidado.

Examinemos desde luego las manchas en todos los tejidos blancos que pueden ir á la lejía. ¿Es la acción de un ácido la que se trata de combatir? Se ponen unos cristales de sosa sobre el lugar manchado, se prepara una jabonadura con agua limpia, se moja en ella el género manchado, y se deja hervir hasta que desaparezca la mancha. ¿Se trata de colores de anilina, de esos colores azules y violetas que tanto se usan ahora y que tienen un poder colorante verdaderamente prodigioso? Mójese la mancha con ácido acético, aplíquese en seguida cloruro de cal suficientemente diluido en agua, y, en fin, lávese cuidadosamente para hacer desaparecer el color y los productos químicos. Los jugos de la manzana y de la pera, se quitan muy fácilmente, cuando se hace proceder al lavado, un baño de varias horas en parafina. La sangre deja huellas de una intensidad poco común, que se desea hacer desaparecer tanto más pronto, cuanto que muchas veces traen recuerdos dolorosos. Según los principios ya expuestos, se deben atacar frescas aún, remojando el género manchado, unas doce horas en agua fría, y lavado en seguida con agua tibia. Si todavía resisten, cúbraseles con una pasta de almidón y agua, y expóngase al sol durante uno ó dos días. Si las manchas son viejas es necesario recurrir al ioduro de potasio, que vende cualquier

## Página de la Moda



DOS TOILETTES DE PASEO.

farmacéutico, diluido en cuatro veces su peso de agua.

El café y el chocolate tienen la reputación legítima de producir manchas horribles: Se mojan con agua hirviendo, y cuando ya están bien mojadas, se exponen á la acción del humo de azufre, que como es sabido, tiene un gran poder decolorante. Para las manchas de los jugos de frutas, que no sean la manzana y la pera, se podría emplear el mismo procedimiento, si tienen poco tiempo, pero si son viejas, se les debe lavar con jabón común, cubriéndolas con una capa gruesa de engrudo hecho con agua fría, y exponerlas al sol y al aire durante tres ó cuatro días. Si al quitar el almidón aún queda la mancha, hay que repetir la operación.

Las yerbas dejan, como es sabido, huellas muy intensas, que para muchos tienen la reputación de indelebiles: son únicamente manchas formadas por clorofila, y como la clorofila es soluble en el alcohol, un lavado con esa substancia bastará seguramente.

La tinta ordinaria no cede más que á la blancura de la leche: una mancha reciente desaparecerá rápidamente, con un lavado enérgico con leche; si es vieja, será necesario un baño de doce horas. Las manchas de moho desesperan también á las buenas amas de casa. Se extiende la parte manchada sobre un plato de estaño colocado sobre una vasija llena de agua hirviendo, después se frota con hojas de acedera, lo que equivale á una aplicación muy moderada de sal de acedera; finalmente se lava con agua de jabón caliente. Hay también otro procedimiento que consiste en emplear una pasta formada de almidón en polvo, sal, jugo y jabón blando: el todo se aplica sobre la mancha de moho y se expone en seguida al sol.

LANDRECILLA DE TERNERA  
CON GUI SANTES Y ARROZ  
A LA INGLESA

Haced tomar color á una buena landrecilla de ternera dentro de manteca fresca; mojadla en un litro de caldo, añadid un ramo de perejil, un tronco de apio y un buen aderezo de sal y pimienta. Después de una hora de cocimiento, retirad la mitad del caldo y haced hervir en él, durante pocos minutos, 125 gramos de arroz. Cuando el arroz esté medio cocido, unido á la vianda, añadid un litro de guisantes recién desgranados y dejadlo cocer todo hasta que el arroz y los guisantes estén á punto; colocadlos en una fuente que soporte la acción del fuego mezclando bien los guisantes con el arroz. Poned la landrecilla de ternera en medio de la fuente y tenedlo todo muy caliente en ceniza roja, hasta que la salsa decantada, y puesta otra vez al fuego separadamente, quede reducida á buena consistencia. Echad la salsa reducida por encima de todo en el momento de servir.

## NUESTRO GRABADO.

## DOS TOILETTES DE PASEO.

Con el cambio de estación que empieza á refrescar un poco vuelven á usarse los paños de damas, ligeros y asargados. La figura primera del grabado nos muestra un modelo de este paño azul claro, de matiz muy suave, todo diagonal, con una jaquette caprichosa, de muy bonito gusto, con aplicaciones de tifetán obscuro y cerrada á la izquierda por dos elegantes broches. La manga de globo, lleva guardamanga de la misma aplicación y la falda es absolutamente lisa.

En cuanto á la segunda toilette es de muselina clara, floreada con blusa de corte elegantísimo, abierta sobre una lujosa aplicación de guipure que á su vez deja ver una camisola de seda. Lleva dos jockeys de tafetán con adornos de cadeneta de muselina de seda blanca y un cinturón de mucho gusto.

Otro pago de \$4,779.30 de "LA MUTUA"  
EN ACAMBAY.

Timbres por valor de \$4. 78 cs. debidamente cancelados.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de \$4,779.30 cs plata mexicana, así como \$3,000 suma asegurada y \$1,779 30 cs. por devolución de los premios pagados, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 421,846 bajo la cual estubo asegurado el finado Sr. D. Galo del Mazo y Conde, y para la debida constancia en mi carácter de tutor del menor Galo del Mazo y Villasante, beneficiario nombrado en la póliza, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación, en Acambay, á 20 de Mayo de 1899.

Firmado.—EPIGMENTIO RIOS.—Rúbrica.

Un timbre de 50 cs. debidamente cancelado.

El C. Eufemio Arcos, Presidente del H. Ayuntamiento de esta Municipalidad.

Certifica y da fe: que la persona que suscribe el recibo que antecede es tutor testamentario del menor D. Galo del Mazo y Villasante beneficiarios en la presente póliza.

Y por constarme su personalidad, lo certifico en Acambay, á los veintidos días del mes de Mayo de mil ochocientos noventa y nueve.

Firmado.—E. ARCOS.—RAMON GUZMAN, Secretario.—Rúbrica.



## INACTIVIDAD del HIGADO.

Va acompañada siempre de un desarreglo. La lengua se pone saburrosa, el apetito escasea, la digestión es difícil, la sangre está empobrecida, los nervios en estado de irritación, sobrevienen dolores en la cabeza y existe

Estreñimiento constante del vientre.

## LAS PÍLDORAS del Dr. AYER

están compuestas de productos vegetales que obran directamente sobre el hígado e intestinos.

Secrétase mayor cantidad de bilis, y la eliminación de substancias venenosas es mayor por esta causa. Refuézcase los músculos de las paredes intestinales, dando lugar á suaves efectos laxantes.

Las Píldoras del Dr. Ayer deberían tomarse todas las noches en dosis convenientes para que produzcan efectos laxantes. Así curan con seguridad la biliosidad, jaqueca, náuseas inapetencia y todos los demás efectos causados por el entorpecimiento del hígado y la constipación del vientre.

La constipación empobrece siempre la sangre y la infesta de impurezas. Conviene poner remedio á esto adoptando un tratamiento completo de Zarzaparrilla del Dr. Ayer. Las Píldoras y la Zarzaparrilla están hechas de manera que la eficacia de las unas aumenta la de la otra.

Preparadas por el  
Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E. U. A.



INSTITUTO de TARTAMUDOS de PARIS del D<sup>o</sup> CHERVIN  
Fundado en 1867, Av. Victor Hugo, 82, Paris  
PARA LA CURA ORTOFÓNICA de la  
**Tartamudez**  
ó cualquier otro defecto en la emisión de la palabra.

## TOMESE EL OLUGNA

Que es el único  
específico para la sangre



### La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. *Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos.*

PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

FOSFATO - GLICERATO  
DE CAL PURO

Reconstituyente general,  
Depresión  
del Sistema nervioso,  
Neurasthenia,  
Exceso  
de Trabajo

Debilidad  
general,  
Anemia,  
Raquitismo,  
Fosfaturada,  
Jaquecas.

**NEUROSINE PRUNIER**  
NEUROSINE-JARABE - NEUROSINE-GRANULADA  
NEUROSINE EN OBLEAS

Depósito general:

CHASSAING y C<sup>a</sup>, Paris, 6, avenue Victoria

## VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>o</sup> FRANCK

Purgativos, Depurativos y Antisépticos

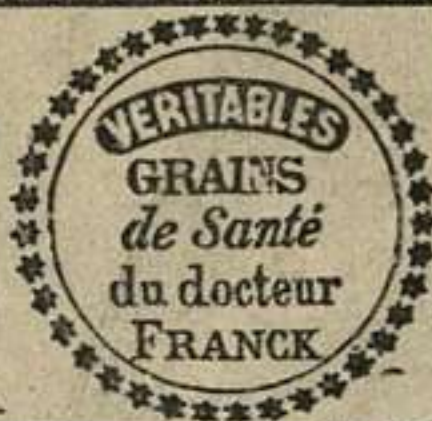
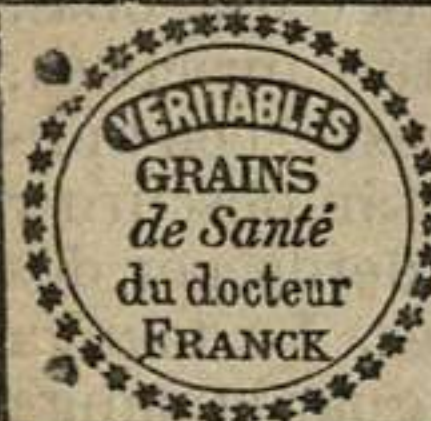
Contra el **ESTREÑIMIENTO**

y sus consecuencias:

JAQUECA - MALESTAR - PESADEZ GÁSTRICA  
CONGESTIONES - ENFERMEDADES INFECCIOSAS

Exíjase el *Rótulo adjunto en 4 Colores.*

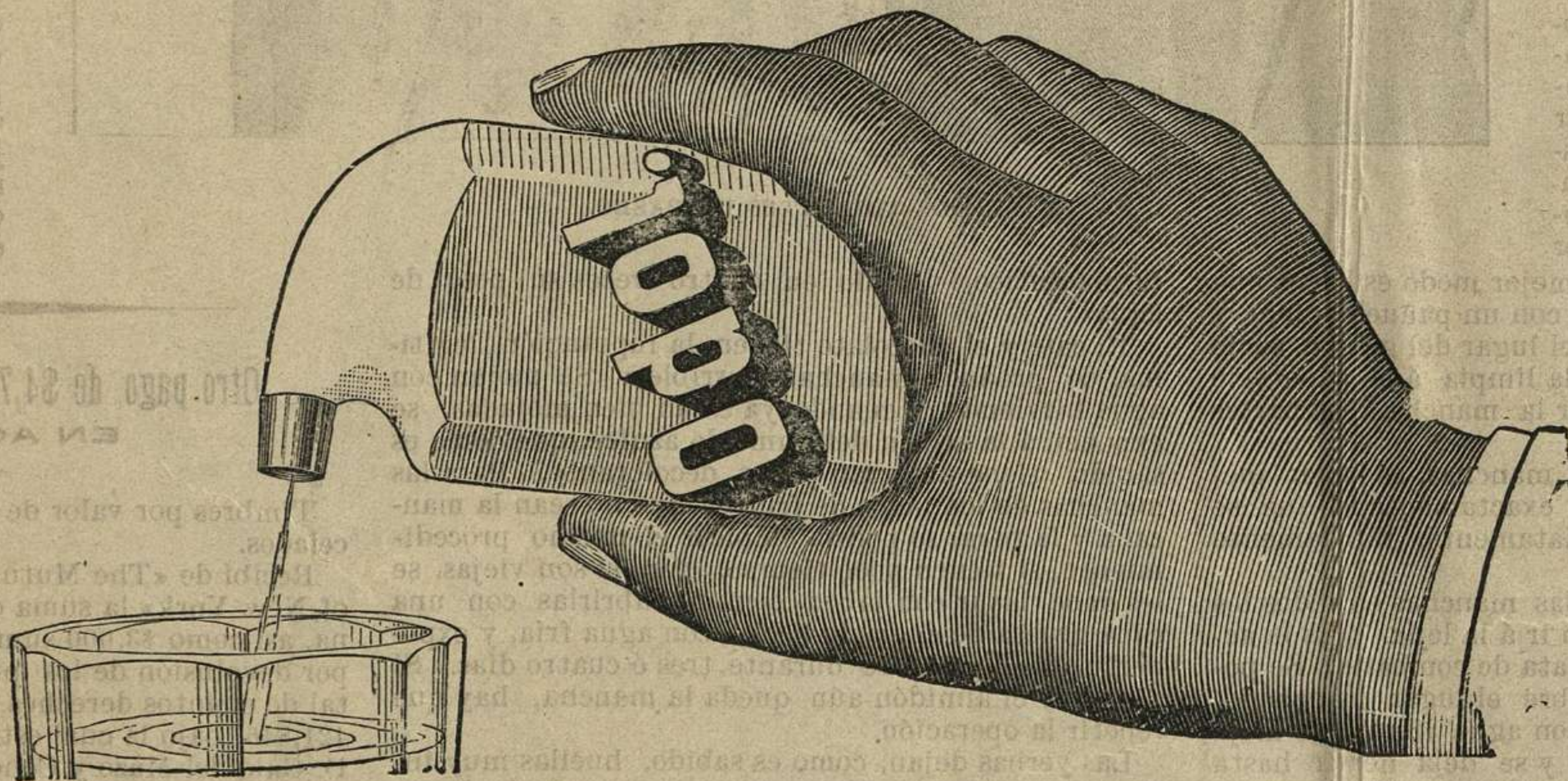
Paris, F<sup>o</sup> LEROY, 91, Rue des Petits Champs y todas Farmacias.



## PETROL

Única preparación para restablecer, hermoear y vigorizar el cabello.

## EL MEJOR DE TODOS LOS DENTÍFRICOS



PORQUE enteramente distinto de todas las otras aguas, polvos, pastas y jabones, no contiene sustancias que alteren el esmalte y corroen la dentadura.

PORQUE dotado de propiedades antisépticas, impide el desarrollo de todos los microbios que enferman la boca y carien los dientes.

PORQUE todas las demás preparaciones no permanecen en la boca sino un tiempo excesivamente corto para ejercer la acción antiséptica que pudieran tener, en tanto que el ODOL que forma con el agua una emulsión en la que se encuentra dividido en gotas finísimas, penetra en todas las cavidades, quedando á ella y todas las membranas de las encías y de la boca, adheridas, y de esta manera *ejerce su acción por muchas horas.*

PORQUE su uso produce una sensación de agradable frescura, que no se obtiene en ninguna otra preparación dentífrica.

El ODOL es sumamente barato. Un frasco que vale \$1.50 cs. alcanza para varios meses. Se halla de venta en el afamado Almacén de Drogas de

# José Uihlein Sucesores.

Calle del Coliseo Nuevo No. 3.















